CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

Fritz Brupbacher: Introducción a la «Confesión» de Bakunin. **Eugen Relgis:** Diez capitales: Budapest. **Gr. Balkansky:** Tribuna de libre discusión. La verdadera fuerza social. **Fontaura:** Ideario social y estético de García Lorca. **L. Heilbrone:** El mayor misterio de la literatura universal: W. Shakespeare. **Puyol:** Devaneo rural. **Doctor R. London:** Divulgaciones científicas. La vacuna contra la parálisis infantil. **Charles Reber:** Primer congreso internacional de robots. **E. Albert:** El siglo de la futilidad. **Conrado Lizcano:** Relato. Trayectoria del cuchillo. **Manuel Ballesteros:** El hornero. **Carlos M. Rama:** El fascismo en la ideología del siglo XX (folletón encuadernable).

JUNIO 1956 66

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRS.

ASI ESTAN LAS COSAS EN LA ESPAÑA DE FRANCO

NUESTRA PORTADA

LO QUE ESCRIBEN

sobre los monumentos de Madrid

Nuestros lectores podrán leer por sí mismos las palabras trazadas a grandes rasgos y con tinta negra sobre el monumento al Quijote en Madrid y que un redactor de la Revista cubana «Bohemia» tuvo la rara suerte de poder fotografiar, antes de que lo hubiesen blanqueado los representantes del orden franquista.

Estas palabras: «¿Monarquía? ¡Revolución!» son un poema. Ellas solas resumen el verdadero espíritu popular en España. Lo que es hoy el clima y el anhelo de la gran mayoría de los españoles.

Demuestran asimismo cómo las nuevas generaciones han perdido, cada día pierden un poco más, el miedo a la dictadura. Todos los que viajan por España o vienen de ella, coinciden en afirmar que se vive hoy el período de confusión y de protesta sorda que siguió a la muerte de Primo de Rivera y a la caída de la dictadura. Con fuerza indetenible, los acontecimientos van precipitándose. Por uso y por abuso, el Poder franquista se viene abajo. Y en su destrucción colaboran todos los enemigos del régimen, desde el resistente que organiza sabotajes y crea el ambiente propicio a las protestas de los trabajadores, hasta el noctámbulo irreverente que condena al régimen con gritos y con chistes de doble sentido.

Y estas palabras escritas por un revolucionario anónimo, condenan asimismo todas las soluciones bastardas que pretende darse al gran drama de España, escamoteando al pueblo su representación y sus soluciones propias. En la lucha hoy entablada, se juega, como nunca, el porvenir de nuestro pueblo.

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Fugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Fsgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año VI Toulouse, Junio 1956 Nº 66

FUNDACION PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.º dcha. - Madrid

INTRODUCCION a la «Confesiôn» de BAKUNIN

(Conclusión)

HE aquí el párrafo de la carta de Bakunin a su hermana Tatiana a que antes nos hemos referido:

«Espero que comprenderéis que todo hombre que se respete un poco debe preferir la muerte más cruel a esta lenta y deshonrosa agonía. Ah, queridos amigos, creedlo, no importa qué muerte es preferible al aislamiento tan elogiado por los filántropos americanos. ¿Por qué he esperado tanto tiempo? ¿Quién puede decirlo? No sabéis hasta qué punto es tenaz la esperanza en el corazón del hombre. ¿Cuál?, me preguntaréis. La de poder recomenzar lo que ya me ha llevado aquí: solamente con... (ilegible) y con más previsión quizá, pues la cárcel ha tenido a lo menos esto de buno para mí: me ha dado el tiempo y el hábito de la reflexión; ella, por así decirlo, ha solidificado mi espíritu; *pero no ha cambiado nada en mis antiguos sentimientos; ella los ha hecho, por el contrario, más ardientes, más absolutos que nunca* y desde ahora todo lo que me resta de vida se resume en una sola palabra: la libertad».

Que la humildad de Bakunin es fingida, lo admite enteramente el bolchevique Polonsky. Y, desde el punto de vista bolchevique, el fin justifica los medios. Por consiguiente, desde este punto de vista, Bakunin se encuentra por completo justificado.

Así, pues, para todo bolchevique sincero, la «Confesión» de Bakunin no puede representar ninguna pieza acusatoria.

Desde un solo punto de vista podría exigirse la condena moral de Bakunin: aquel según el que un hombre no debe nunca mentir, aun cuando ello represente la más grande necesidad. Pero semejante concepto, que nosotros sepamos, no ha sido seriamente adoptado por ningún político, y sobre todo cuando se trata de juzgar una personalidad política.

Hasta cierto punto, Bakunin es indiscutiblemente una personalidad política, y por tanto no debemos admitir tampoco nosotros que la veracidad constituya el criterio supremo al cual conviene someterse.

A lo largo del resto de su vida, Bakunin demostró que no había olvidado sus ideas revolucionarias ni había renegado de ellas. Después de su salida de la cárcel y en particular luego de su fuga de Siberia, probó que no se había convertido en un pecador arrepentido, como se esforzó en hacer creer a Nicolás y a Alejandro. Los numerosos años que le quedaban de vida después de su fuga, los dedicó, por el contrario, única y exclusivamente, al servicio de sus ideas revolucionarias.

Por lo demás, la «Confesión» no le sirvió de nada. El zar Nicolás I la leyó y escribió al margen: «No veo para él más salida que la deportación en Siberia». Esto era el 10 de febrero de 1852. Pese a esta sentencia, el zar dejó a Bakunin en la cárcel. Nicolás I murió en 1855. Le sucedió Alejandro II. Bakunin escribió a Alejandro II la carta reproducida a continuación de la «Confesión». Psicológicamente, esta carta debe ser interpretada de la misma manera que la «Confesión». En qué medida ella pudo influenciar a Alejandro, es un problema que no intentaremos resolver. En qué medida esta carta y las gestiones de la familia abrieron a Bakunin las puertas de la prisión y determinaron su deportación a Siberia, nadie puede hoy decirlo con exactitud. Un hecho existe: el 14 febrero 1857, Bakunin fué enviado a la Siberia.

⁂

Allí estuvo de 1857 a 1861. En 1861, emprendió la fuga por el Japón, San Francisco y Nueva York. El 28 de diciembre del mismo año, se presentaba en casa de su viejo amigo Alejandro Herzen, en Londres.

Su febril actividad revolucionaria recomenzó. Bakunin colaboró en la célebre «Campana» de Herzen, orientando la hoja hacia la izquierda, haciéndola pasar de la simple propaganda a la acción, reuniendo en torno suyo a todo un círculo de polacos, de checos y de serbios; discute, perora, dirige, redacta, toma decisiones y organiza todo el día y

casi toda la noche. Durante sus raras horas de ocio, escribe cartas para Semipalatinsk y Arad, Constantinopla y Belgrado, la Besarabia, la Moldavia y la Belocriniza. Es en esta época cuando redactó su famoso folleto «A mis amigos rusos y polacos», especie de reedición de su discurso de París. En él anuncia su voluntad de consagrar el resto de su vida a la lucha por la libertad de los rusos, de los polacos y de todas las otras naciones eslavas. En 1863, fué a Suecia, con la intención de dirigirse a Polonia y de tomar parte en la insurrección polaca.

Después del fracaso de esta última, Bakunin se instaló en Italia, donde desplegó su actividad de 1864 a 1867. Reunió en torno suyo a los hombres más avanzados, dentro del cuadro de la «Fraternidad Internacional». La «Fraternidad Internacional» fué fundada el mismo año que la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la que fué la anticipación en Italia y en España. Puede leerse el programa de esta organización en la edición alemana de las obras de Bakunin. Es el programa de una revolución, a la vez política y económica, dirigida por una organización internacional secreta, teniendo como fin stpremo la libertad y exigiendo, para llegar a ella, la subordinación absoluta del individuo a la organización.

En 1867 y en 1868, Bakunin y sus amigos tomaron parte en los Congresos de la Paz celebrados en Ginebra y en Berna, con la intención de extender su influencia hacia más vastos medios, y fundaron, en 1868, la Alianza de la Democracia Socialista, organización antiestatista y antirreligiosa, destinada, no a cambatir, sino a completar la Internacional obrera, cuya función específica era el trabajo económico, mientras que a la Alianza se reservaba el prestar una mayor atención a los problemas de orden cultural, sin por eso perder de vista las cuestiones sociales.

En julio de 1868 Bakunin se trasladó a Ginebra, siendo, en junio de 1869, designado redactor de «Igualdad», órgano de los internacionalistas romandos. Sus artículos de esa época podrían muy bien figurar en un diario sindicalista de hoy.

El conflicto con Marx se hizo esperar mucho. Quien se imagine que, en esa lucha, Marx venció definitivamente a Bakunin, posee la mentalidad de un efímero. En el año 2000, o antes, la lucha entre Marx y Bakunin estallará de nuevo.

La victoria de Marx sobre Bakunin tampoco tuvo lugar en 1872, cuando Marx, en el Congreso de La Haya, hizo excluir a Bakunin lanzando la acusación calumniosa de que Bakunin «se había servido de maniobras fraudulentas para apropiarse de toda o parte de la fortuna de otro, lo que constituye el hecho de una estafa». Incluso después del Congreso de La Haya, las ideas de Bakunin siguieron viviendo; más aún, en España y en Italia, han vivido durante decenas y decenas de años y no han pasado a segundo término más que en los lugares donde la evolución económica ha hecho desaparecer la individualidad y, por lo tanto, la voluntad de conservarla.

Pero en el momento en que la abundancia de víveres y otras muchas razones hagan reaparecer las individualidades, la lucha recomenzará entre el principio del «perinde ac cadaver» y la voluntad de ser uno mismo y de ser libre. Este momento llegará y nuestra época medieval—¿pues vivimos acaso en otra época que en la Edad Media?—deberá ceder el sitio a un nuevo Renacimiento, es decir, a una nueva cultura.

Al decir esto evidenciamos a la vez las características del conflicto que opuso Marx a Bakunin, los marxistas y los bakuninistas de la Primera Internacional.

Marx representaba esa capa de proletarios que sentían la necesidad de abandonar el cuidado de pensar en su propia suerte a algún tutor benevolente y paternal, sometiéndose a él como el esclavo a su amo; Bakunin, por el contrario, representaba a los proletarios que tenían la pretensión de pensar y de dirigirse por sí mismos.

Que Bakunin, venido sin embargo de un país considerado atrasado, representase justamente a los obreros libertarios, parece aparentemente una contradicción. Bakunin venía, sin duda, de un país económicamente atrasado, pero al mismo tiempo de un país donde la domesticidad y el amaestramiento del proletariado por el capitalismo no había devorado completamente al hombre; de un país donde el hombre estaba todavía más cerca del Piel Roja que del autómata racionalizado—, de Don Quijote que de Ford y de Stalin.

Los años 1870-1874 estuvieron llenados por la lucha emprendida con Marx, y es también en esa época donde las ideas anarquistas de Bakunin encontraron su fórmula definitiva.

Estos mismos años son también los de su acción sobre Rusia y los de la redacción de un texto conocido con el nombre de «Catecismo revolucionario», uno de los documentos más interesantes sobre la idea de la revolución y la misión de los revolucionarios, tal como los concebía Bakunin.

Significativo es el punto de vista de Bakunin durante la guerra franco-alemana. Transformar esta guerra en una guerra civil, tal fué, desde el comienzo, su solución. Después de la derrota de Sedán, juzgó propicio el momento para la insurrección armada y para la guerra revolucionaria contra los prusianos, y es en este sentido como hizo la propaganda y la agitación.

No se limitó a esto: se dirigió a Lyon y participó en un intento de motín que fracasó; se vió obligado a huir, y, decepcionado, regresó a Suiza. En 1874, dos años antes de su muerte, anque ya físicamente muy enfermo, tomó parte en los preparativos de una insurrección en Bolonia.

VIII

La vida de Bakunin es tan extraordinariamente rica en rasgos pintorescos; es una vida tan llena de vida, que muchos no han prestado atención a los pensamientos nacidos, en el curso de esta misma existencia, en el cerebro de Bakunin.

Después de cada crecimiento vital, encontramos también en él un crecimiento ideológico, una fase durante la cual lo que ha vivido se cristaliza en aforismos o bien se organiza en fragmentos de sistema.

Los años que van de 1868 a 1872 son particularmente ricos en pensamientos de ese género, en un género de pensamientos extraños a la generación actual. En el curso de estos años, todo lo que Bakunin vivió, toda su experiencia se condensa en fórmulas. Cierto, a los espíritus romos, instalados a un lado y otro de la barricada; a nuestra época ávida de dogmas, de sistemas y de ortodoxia, Bakunin no puede aportarle nada, pues en él no había esas máquinas intelectuales que recogen todos los hechos que se les presentan para transformarlos automáticamente en salchichas, queremos decir en sistemas. Nacidas de la vida, las ideas de

Bakunin hoy sólo regalan el paladar intelectual de los raros espíritus libres bastante impertinentes para obstinarse en seguir existiendo.

Entre las páginas interesantes de Bakunin, hay que colocar lo que escribió sobre la ciencia y sus relaciones con el hombre. Algunos plumíferos han querido hacer de Bakunin una especie de bufón, de inútil y de bohemio; quizá algunas frases extraídas de sus «Consideraciones filosóficas» (Obras, tomo III), pueden dar la impresión de lo que había en Bakunin de bohemio, de desaliñado; en realidad ellas ponen de manifiesto el caos profundamente humano de los instintos en rebeldía contra todas las tradiciones, contra todas las reglas tiránicas que aplastan al hombre, pobre criatura instintiva, bajo el peso de la historia de la humanidad. Bakunin, hombre de un país pre-capitalista, hijo de una edad prehistórica, se revuelve contra cierta forma económica de la sociedad, contra una forma inadecuada para su naturaleza; se revuelve contra la racionalización de todos y de cada uno en el seno de la sociedad humana; contra la hegemonía del principio del menor esfuerzo, contra la esclavitud del hombre, sometido a Dios, al Estado, al dogma y a la teoría. Se revuelve contra todos los amos, no importa cuáles sean los pretextos por ellos invocados, no importa cuáles sean los biombos detrás de los cuales intenten esconder su voluntad de potencia. Y es así cómo se revuelve igualmente contra la tiranía de la ciencia sobre el hombre. He aquí sus juicios:

«La ciencia, es la brújula de la vida; pero no es la vida. Sólo la vida crea las cosas y los hechos reales. La ciencia no crea nada. Ella constata y reconoce solamente las creaciones de la vida. Y cada vez que los hombres de ciencia, saliendo de su mundo abstracto, se ocupan de la creación viviente en el mundo real, todo lo que proponen o crean es pobre, ridículamente abstracto, privado de sangre y de vida, muerto al nacer, semejante al homunculos creado por Wagner. De ello resulta que la ciencia tiene como misión única iluminar la vida, no gobernarla».

«Puede decirse de los hombres de ciencia, como tales, lo que yo he dicho de los teólogos y de los metafísicos: no tienen ni sentidos ni corazón para los seres individuales y vivientes. Sólo pueden interesarse por las generalidades.

»La ciencia es la inmolación perpetua de la vida fugitiva, pasajera, pero real, sobre el altar de las eternas abstracciones».

«Ya que su propia naturaleza la obliga a ignorar la existencia de Pedro y de Jacobo, no hay que permitirle nunca, ni a ella ni a nadie en su nombre, que gobierne a Jacobo y a Pedro.

»Lo que yo propago es, pues, hasta cierto punto, la rebelión de la vida contra la ciencia, o mejor contra el gobierno de la ciencia.

»Los individuos son incomprensibles para el pensamiento, para la reflexión, incluso para la palabra humana, que sólo es capaz de expresar abstracciones. Así, pues, la misma ciencia social, la ciencia del porvenir, continuará ignorándolos forzosamente. Todo lo que tenemos derecho a exigir de ella, es que nos indique, con mano firme y fiel, las causas generales de los sufrimientos individuales.

»Los sabios, siempre presuntuosos, siempre suficientes y siempre impotentes, quisieran ocuparse de todo, y todas las fuentes de la vida se secarían bajo su aliento abstracto y su sabiduría.

»La vida es una transición incesante de lo individual a lo abstracto y de lo abstracto a lo individual. Es este segundo momento lo que falta a la ciencia: una vez dentro de lo abstracto, no puede salir de él»

Cerca del hombre cultivado, el político jamás gozó de una fama muy brillante; sin duda porque el segundo no tiene en cuenta los matices ni la individualización, cualidades cuya primera condición es precisamente la cultura.

Sus observaciones sobre la ciencia permiten percibir que Bakunin hace, como individuo, intervenir en política un factor netamente indisciplinado y salvaje. Es precisamente este rasgo lo que justamente puede llevar al hombre culto a estimar la política de Bakunin.

A la vez y por la misma razón, Bakunin no puede ser confundido con la multitud de esos políticos y de esos hombres modernos en general, que son, o sádicos del gobierno, o masoquistas de la obediencia. Bakunin, por lo demás, tampoco es moderno en otro sentido. Nuestra época es la época del sistema Taylor, de la racionalización a todo trance, no solamente de la economía y de los movimientos corporales del hombre, sino también de toda la personalidad humana. El ideal es organizar al hombre conforme al principio del menor esfuerzo; hacer de él una criatura «que dé beneficios», desde el punto de vista de la propiedad privada y de su aumento, o de la propiedad colectiva y del acrecentamiento de esta última. No obstante, para el individuo, lo mismo si se le racionaliza en nombre de Ford que en el de Stalin, esto le resulta exactamente lo mismo. Bakunin entero, el propio contenido de sus sueños, son la antítesis de la racionalización. Bakunin es caos, el poeta del caos. Para Bakunin, los sueños del hombre tienen más importancia que todas las realidades del mundo exterior. Bakunin es poeta y es el caos. Pues bien, en el fondo, no es solamente el adversario del orden feudal o burgués: es el enemigo del orden.

Bakunin no es moderno. No es un mercader, y hoy los individuos y las colectividades son mercaderes. Y esta es otra de las razones por las cuales Bakunin no es comprendido por la mayoría.

No podrá ser de nuevo comprensible, hasta que llegue una época que tenga tiempo de analizarlo. Pero, en nuestros días, ni el capitalista ni el bolchevique tienen tiempo para hacerlo. Se comprenden mejor mutuamente que no comprenden a Bakunin. Se asemejan mucho más, en su constitución psicológica, en todas sus virtudes y sus vicios, que no se parecen a Bakunin.

Es esto lo que hace el encanto de Bakunin. El encanto de su vida y de sus ideas.

En un libro sobre la Primera Internacional, un pequeño escritor oficial de la socialdemocracia alemana de ante-guerra, Gustavo Jaeckh, llamó a Bakunin «eine politische Verbrechernatur», una naturaleza de criminal político. Si un demoledor del Derecho es un criminal político, Jaeckh tiene razón. Bakunin quiere romper todas las tablas del Derecho que empequeñecen la naturaleza humana; Bakunin, colocando al hombre por encima del Derecho, es, verdaderamente, por su naturaleza, un criminal, un destructor, como, por lo demás, lo son todos los grandes hombres. Y cuando el señor Jaeckh encuentra esto horrible, muestra simplemente que le falta algo para comprender la humana grandeza.

Bakunin exige la supresión de todo lo que se opone, en el «Derecho», al fecundo porvenir del hombre. Bakunin es partidario de todo lo nuevo, de todo lo que viene, de todo

BIBLIOTECA

lo que vendrá, contra el pasado y el presente, lo tradicional. Prefiere la fecundación del caos a lo que está condenado a morir. Bakunin es una naturaleza de Prometeo. A su lado, Kropotkin es una especie de George Sand, y Marx un policía rojo, un funcionario de la G.P.U.

Bakunin es un destructor del Derecho. El idólatra del Derecho proclama: «Vivat justitia, pereat mundus», mientras que Bakunin grita lo que ya Rabelais había escrito: «Haz lo que quieras».

Los que aman gobernar, saben muy bien que el mejor medio de asentar su fuerza actual o futura es llamar individualistas a todos los que predican a los hombres la libertad y la insubordinación. Así todos los aoutoritarios se han apresurado a tratar a Bakunin de individualista, a fin de hacerlo aparecer como un ente antisocial, a los ojos de la buena gente inofensiva, pero un poco corta de alcances. No obstante, Bakunin es la antítesis del individualista. Bakunin es el ser social por excelencia. Es el hombre que no puede vivir sin amistades, sin camaradería, sin el más cálido ambiente fraternal. No se podrían contar hoy los «revolucionarios» que pretenden poder reivindicar este título porque son capaces de traicionar a un amigo en nombre de una «idea». Están incluso orgullosos de ello. A eso llaman subordinarlo todo a la colectividad, fundirse con ella, ser socialistas, comunistas. Desde su más tierna infancia, Bakunin sintió un inmenso deseo, una inmensa necesidad de fraternidad, de comunión íntima con los hombres. Esta comunión, para él, constituía una de las condiciones precisas para la vida; ella le era tan indispensable como la vida misma. Si esta íntima comunión, si este amor mutuo, decía, llegaba a prevalecer, nada sería imposible.

Mientras se podría representar muy bien a Marx observando a los hombres desde lo alto de una torre e indicándoles su camino por radio, sólo puede imaginarse a Bakunin en medio de un grupo de compañeros. Si un hombre fué «zôon politikon», este hombre es incontestablemente Bakunin.

IX

Cuando, en la primavera de 1873, el revolucionario Debagor Mokrievitch fué a Locarno a visitar a Bakunin, le encontró en cama y respirando con pena, el semblante hinchado y con bolsas bajo los ojos. Incorporándose, Bakunin tosió horrorosamente, sin poder respirar, y su rostro tumefacto se amorató. Se encontraba ya en un estado avanzadísimo de inflamación renal crónica complicada de hipertrofia del corazón y de hidropesía. Los enemigos exteriores no habían podido vencer a este gigante, ni destruir en él la esperanza y el valor combativo; lo que todos sus adversarios reunidos no habían conseguido, fué realizado por la enfermedad: la actividad reducida de los riñones entraña la intoxicación de la sangre y por consecuencia del cerebro. El cuerpo rehusa a éste todo esfuerzo superfluo. Ciertamente, Bakunin no descendió al nivel de sus contemporáneos. Para un sabio de gabinete, un ministro, un teólogo e incluso para un príncipe de la Iglesia, este cerebro aún hubiera poseído un valor por encima del término medio. Pero no era suficiente, en un tiempo en que hubiera sido precisa otra transformación de todos los valores, para adoptar una nueva actitud ante el mundo. Pues una actitud nueva, una metamórfosis del espíritu se habían hecho necesarias, ante los acontecimientos que se escalonaban: la sangrienta derrota del proletariado parisién en 1871 había entrañado el reflujo de la marea revolucionaria; la reacción salía de la guerra civil consciente de su victoria, y una nueva era de prosperidad capitalista parecía prometer a nuevas capas proletarias su acceso hacia la aristocracia del trabajo.

Bakunin comprendió que sus fuerzas no bastaban, en la nueva situación creada. Considerándose como un veterano de la revolución, su sueño habría sido morir en el torbellino de un gran movimiento de protesta.

En 1873, terminó la actividad política de Bakunin.

El resto de sus días se vió entristecido por los disgustos y las preocupaciones. Una última vez, en 1874, tomó parte en los preparativos de una tentativa de insurrección, ahogada antes de nacer, en Bolonia... Ya no era, como antes, por alegre amor del combate: no pudiendo ya vivir, lo que quería era morir en una barricada.

Este deseo ino pudo realizarse. El 1 de julio de 1876, sucumbió en Berna, víctima de un ataque de uremia.

FRITZ BRUPBACHER

DIEZ CAPITALES

BUDAPEST (1)

ACE mucho que, después de un recodo del Danubio hacia el Norte,, el barco ha penetrado en el territorio de Hungría. A la una, de noche, he divisado por el tragaluz del camarote las luces de la ciudad de Mohacz. Y algunos datos parasitarios, de los que aprendí en el liceo, despertaron en mi mente: esta ciudad tiene su fama histórica debido a la batalla entre los reyes cristianos y los turcos que avanzaron hasta las murallas de Viena, pero fueron rechazados, siglo tras siglo, hacia su cauce oriental. Seguí trabajando hasta la madrugada, para volver a empezar después de algunas horas de sueño.

El paisaje es llano, elemental. La fertilidad de la **puzta** se evidencia en gavillas de cereales, en parvas de forrajes, en campos labrantíos y en pasturas que se extienden detrás de las mámparas de los matorrales y bosquecillos que bordean las riberas. Cuando aparecen los alrededores de la capital húngara, recojo los papeles y las cartas; ya he terminado lo que tenía que mandar a los amigos de Bulgaria, de Yugoeslavia y otros países. Barrios industriales, kilométricos; manzanas de casas más altas, más apretadas; fábricas y depósitos de mercaderías, tanques de petróleo, elevadores girando por encima de las barcazas. El doble muelle aparece cada vez más amplio desde un puente al otro, con sus desembarcaderos, sus anchas escalinatas que se abren como un suntuoso vestíbulo de la metrópoli. La roca de Buda crece, mostrando sucesivamente sus antiguas murallas de fortaleza, sus palacios superpuestos, sus terrazas floridas y finalmente, esa blanca escalada de cúpulas, torres y campanarios de la residencia real donde se coronaban los herederos de la gloria de San Esteban. A la derecha, el centro modernizado de Pesta, con amplias fachadas ricamente adornadas, ubicadas a lo largo de bulevares y avenidas, trazadas paralelamente a los muelles y entre cuyas hileras de árboles frondosos se deslizan los tranvías amarillos.

Pronto, el barco está desierto. Nadie quiere permanecer a bordo, durante las cinco horas de la escala. Sólo algunos tripulantes, de guardia. Los viajeros, en pequeños grupos, se apresuran a recorrer esta capital elegante y arrogante, hiératique y ceremonial, amanerada y rígida —como la nobleza magiara que quiso dominar, aun desde el exilio, con el fausto de la antigua monarquía, un país bastante mutilado por las tijeras de los diplomáticos (Tratados de Trianon, etc.) y que no es, sin embargo, ni una república, ni una monarquía.

En esta capital se encuentran, como en otros países, todas las apariencias y las conquistas de la civilización. Paseando por algunas avenidas céntricas, en las cuales desembocan callejuelas estrechas y profundas como pasillos en un palacio laberíntico, se impone a uno esa arquitectura maciza, señorial, pero excesivamente cargada de adornos que traicionan el culto al blasón. El estilo barroco persiste entre bloques casi cristalinos, entre series de vitrinas relucientes de gran lujo. Un cosmopolitismo espectacular, atareado, que se vuelve un poco recogido y solemne en plazas con iglesias antiguas, en la columnata del Milenio, en los jardines de las instituciones con largas y doradas inscripciones, y también en los emblemas y demás ornamentos que salpican los pisos de los edificios de renta.

Oriflamas e inscripciones doradas hasta en las fachadas de los bancos y las sociedades mercantiles. Las estatuas sobresalen en cada jardín, en plazuelas asfaltadas, en cada encrucijada, y son demasiado grandes, demasiado frías para detener a los transeúntes. Plétora de personaje de bronce. Héroes y «benefactores» de la patria. Ellos despiertan, empero, los ecos de la política de la monarqua austrohúngara, basada en intrigas (geniales e infernales a la vez) y en opresiones despiadadas. Recuerdan al Estado cuyo símbolo fué el águila bicéfala, estrechando en sus garras un amasijo de provincias, nacionalidades, idiomas, religiones—y escapadas, todas, en la gran borrasca de la guerra de 1914-18. Más que en el Hofburgo comercializado o «socializado» de Viena, he sentido en la capital magiara—que todavía quiere conservar la altivez aristocrática del siglo pasado—cómo endurece a una casta la sanción de la derrota histórica. Pero el orgullo tenaz del feudalismo agrario de los **grofs**, de los industriales rapaces y letrados chauvinistas, cuya bandera flotaba sobre los edificios tan adornados, no podía ocultar el **otro** drama: el drama horroroso del pueblo.

La dictadura del almirante Horthy no se manifestó con la soltura de un Mussolini o la franqueza de un Hitler. Fué la tiranía hipócrita, medieval, obsesionada por la gloria de antaño, que «debía» resplandecer nuevamente, como el sol sobre la fortaleza de Buda donde la catedral de la coronación esperaba su rey. «¡NEM, NEM, SOKA!» grito obstinado, de rabia ciega, que retumbaba también en otras capitales donde las delegaciones de nobles se afanaban en la búsqueda de préstamos, de alianzas y revisiones. Propaganda insistente, diestra, que no descuidaba ni las orquestas de «gitanos», ni el encanto melodramático de las condesas rubias-rosadas.

⁂

También en Budapest reina «el orden», como en Bel-

(1) Capítulo del segundo tomo de «**Mis Peregrinaciones Europeas**» en preparación. El primer tomo se publicó en 1954 por la Edit. Hachette, Buenos Aires.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

grado. Es la tranquilidad de los puños cerrados, de los pensamientos disimulados. La calma impuesta por la censura y la «justicia» de los militares. Los caminantes tienen prisa. Rostros herméticos. En algunos se puede sorprender esa mirada de miedo, como en los animales perseguidos por cazadores; en otros, la satisfacción de quien puede ganarse el pan de cada día, mirando con indiferencia a los extranjeros que deambulan por los bulevares y los cafés. Los espías pululan en todas partes: por eso, muchos aprendieron a callarse.

En ese día precisamente, el ingeniero Földes intentó su «golpe» comunista; los barrios de los obreros fueron sitiados por la policía y el ejército. El recuerdo del episodio de Bela Kun era aún doloroso. Los gobernantes encaramados en el Poder están poseídos a veces por ese pánico sagrado que quiere justificarse—ante la muchedumbre y la burguesía—todas las cobardías y todas las furias. Los espíritus libres, las conciencias rectas han emigrado hace tiempo; los que vcolvieron,, fueron obligados a someterse al pacto vergonzoso de la penitencia. Un Ludovico Hatwany, cuyo libro «**El país herido**» es un patético pero vano llamamiento a los europeos, ha confiado en las promesas del gobierno: ha sido agarrado a su regreso, y no se sabe en qué condiciones recuperó la libertad. Lo he buscado en un café, en un hotel; las direcciones que yo tenía ya eran viejas. Parece que se alojaba cada semana en otra parte. Tampoco al Dr. Rustem Vámberi lo he encontrado en su despacho de abogado. Sobre una mesita, en el vestíbulo, he visto los últimos números de **Sászadunk** (El Siglo Veinte), la revista que redactaba con mucha prudencia en aquel tiempo. Era como un saludo discreto de su parte. Apenas pude cambiar con él algunas palabras, por teléfono; un pleito lo retenía en el Palacio de Justicia. Sólo algunas palabras que pueden ser captadas por otros oídos también, en esa inmensa red de sospechas patrióticas y de espionaje bien remunerado. Pero era suficiente para mí: he percibido en aquellas pocas palabras por teléfono la vibración de los corazones oprimidos por los sufrimientos, la unión de las conciencias vigilantes y la solidaridad de las esperanzas de liberación...

En la mitad de un puente colgante, dencendí luego por una escalera lateral, para visitar la isla Margarita: un jardín bañado por el Danubio, con pabellones y salones de «dancing», con sanatorios y canchas de deportes. Después, subí por el camino en espiral hacia la catedral de la coronación. Desde las terrazas adornadas de esculturas, el panorama circular es fascinante, con sus lejanías difusas, el mar petrificado de los techos, las flechas cinceladas de las iglesias, las cúpulas doradas o bronceadas, las torres, las chimeneas humeantes y, más cercanas, como largos tableros, las fachadas de piedra con los cimientos hundidos en el río. Entre estas fachadas, sobresale la del Parlamento con sus ojivas y florones góticos: es un remedo de Parlamento inglés, en el muelle del Támesis. Y recuerdo que la aventura política de Rothermeere en Budapest, algunos meses antes, ha suscitado el alboroto de los anglófilos, cuando los nobles magiares y los lores se hacían guiñas, csomo grandes amigos que tenían sus secretos. Los turistas norteamericanos e ingleses eran numerosos. He visto todo un grupo, pintoresco en sus ropajes cuadriculados. Los británicos, de fuertes mandíbulas y pómulos rosados, gesticulando más de lo permitido en su país tradicional. Y no se hubieran sorprendido si un farsante racista quisiera demostrarales que los Hunos de Atila fueron buenos parientes de los Normandos del Mar del Norte.

De todos modos, Budapest podría ser una factoría digna de Londres y Nueva York. Para salvar su blasón, los nobles patriotas húngaros estaban dispuestos a no importa que transacción sobre las duras espaldas del pueblo. Horthy podía preparar secretamente una nueva dinastía, encabezada por él mismo. Pero también Otto de Habsburgo era digno del trono real, si los «legitimistas» hubieran sido políticos y hombres de puños...

⁂

Paso por el túnel, debajo del lecho del río, entre el muelle y la colina de Buda. Llego al seno de las rocas rojizas. Pero afuera, por encima de estas rocas, hay un jardín colgante, con pequeños árboles cuyas ramas blancuzcas, amarillas, verdosas, penden como las trenzas de sauces, y con estatuas fantasmales, apenas perfiladas en el alto azul del cielo. El puente Isabel se hunde, abajo, en una ladera de Buda cuya fortaleza mira, a través de sus almenas, hacia el Sur, hacia los Cárpatos codiciados por los reyes húngaros. Los niños corren por los senderos asfaltados, entre lagos minúsculos y zarzas cortadas en formas extrañas. Quisiera quedarme, sentado en una banqueta, en este rincón tan variado y pintoresco como un jardín japonés.

Pero el «**Saturnus**» está allí, al lado del muelle, y su chimenea empieza a humear. Atravieso el puente, apresurado, para volver a bordo después de haber rodeado un antiguo monasterio que parecía extraviado entre tiendas y almacenes bien provistos. Los viajeros están encantados; algunos muestran a los otros, con el brazo extendido, los lugares por donde han deambulado. Los húngaros, embarcados aquí para Viena, se vanaglorian de las bellezas de su capital (¡tan estropeadas y arruinadas años más tarde, durante la segunda guerre mundial!) y explican generosamente a quien quiera escucharlos. Ahora pueden hablar sin temor de ser espiados por los agentes políticos.

Y Budapest desenrrolla su otra mitad, en la hora irisada del crepúsculo. Desfile de palacios. Los contornos edénicos de la isla Margarita. Lanchas motorizadas—libélulas ruidosas—rozan las olas, pareciendo listas para alzarse en vuelo. Canoas largas y finas: jóvenes en jersey blanco, con el gesto paralelo de los remos, como si cumplieran un rito frente a los últimos resplandores solares. El Danubio verduzco, nacarado. Aparecen otros barrios, los de los obreros; altos hornos, tanques de gas y nafta, montones de carbón y arena, pirámides de toneles entre diques flotantes y dársenas, depósitos alrededor de las fábricas ya alumbradas para el trabajo de noche.

—¡Maravillosa ciudad!—exclama una señora, sentándose en una silla de tijera.

Sus acompañantes comparan esta ciudad con las capitales occidentales. Ninguna tiene la suntuosidad de Budapest que se muestra por entero, a lo largo de esta galería fluída, como en una inmensa sala de espejos con imágenes multiplicadas y circulares.

—¿Pero ha escuchado usted el silencio lleno de gemidos de esta ciudad maravillosa?

El señor que lanzó esta réplica estaba sentado cerca de la ventana del salón, a contraluz. Sobre sus rodillas, un libro abierto. Mi sonrisa amarga le convenció de que mi pensamiento era idéntico al suyo. Me mostró el libro:

—Lea siquiera una página...

En la carátula: «**Chemins de douleurs**» par Sándor Kémeri. El seudónimo de una mujer de la nobleza magiara, una emigrante que tuvo la audacia de volver a su patria; vale decir, a los calabozos de Horthy. Ya sabía, por otros relatos, su tremendo calvario. El suyo y el de miles de víctimas de la inquisición nacional. En efecto, basta una páginas. La transcribo, tal como es, manchada de lágrimas y sangre:

«...No puedo recordar cómo he llegado a la comisaría militar, en la calle Szerecsen. Me sentía aislada de todo lo que vive: de las calles, de los transeúntes, de los cafés, de las tiendas ricamente coloreadas. Estaba ligada al

triste destino de mis compañeros de sufrimiento. No sabía nada exactamente. Pero estaba convencida de que muchos otros se ocultaban, como quería yo misma, en esta ciudad horrorosa.

«El agente me ayudó a subir, penosamente, la escalera. Extenuada, penetré en una gran sala, atestada de detenidos que, como yo, esperaban su turno al interrogatorio. Me apoyé en la pared para no desplomarme. Los hombres se han sentado sobre las cuatro mesas colocadas a lo largo de la sala. En las sillas, algunas personas entradas en años. Otros, agotados de tanto esperar, se acurrucaron en el piso...

«Miré en torno mío. Todos estaban presos, antes de ser por lo menos interrogados. Estaban pálidos, enfermos, desesperados. Algunos tenían las mejillas hinchadas, contusionadas; otros, la cabeza vendada o el brazo envuelto en trapos, pruebas de salvaje violencia.

«Un joven alto, flaco, tenía un ojo escurrido. La órbita sangraba todavía: no cabe duda de que lo golpearon hace poco minutos. Un anciano, sacudido por escalofríos, apretaba su vientre con ambas manos. Un hombre de barba rubia, figura de Cristo, tenía en su palma estigmas de clavos. Huellas rojas, de latigazos: dibujo bestial, con la fusta, sobre una cara joven, delicada y trasparente, de mujer

«Nos mirábamos en silencio. Nadie osaba hablar: estaba prohibido. Cuatro soldados, con la bayoneta armada, vigilaban todos nuestros movimientos. Permanecíamos mudos, inmóviles, Sólo las miradas se cruzaban, profundas, elocuentes.

«Pronto aprendí, yo también, este Esperanto de los ojos de presos, que nos ayudaban a comprendernos pese a la diferencia de idiomas. Era una mezcla de nacionalidades y religiones, austríacos, búlgaros, servios, rumanos, bosníacos y muchos húngaros; judíos, protestantes, católicos, ortodoxo-orientales, mahometanos, luteranos (que consideraban a los otros protestantes como herejes), greco-católicos (que consideraban herejes a los griego-orientales). He aprendido todas estas diferencias escuchando los interrogatorios, y los golpes también, que se oían bien de las dos habitaciones vecinas.

«Todos éramos unos pobres perseguidos, víctimas de las venganzas personales, religiosas o políticas. Todos éramos injustamente e inesperadamente torturados de una manera inhumana...»

* *

Los últimos centelleos de Budapest se vislumbran en la noche todavía diáfana. «Horrorosa ciudad», estigmatizada como tantas otras ciudades hermosas, en esta Europa que se devora a sí misma, despedazada en campos enemigos que tardan en alzar la blanca bandera de la unión. La «paz», en estos días aciagos, es más trágica que la guerra: porque los efectos de la guerra se repercutan como ondas que se multiplican, se ensanchan cuando una piedra cae en la profundidad de un lago; porque muy pocos han aprendido algo, después de la loca aventura colectiva; porque aventureros salvajes y verdugos por «derecho divino» o sin ningún derecho siguen azotando a los rebaños humanos. Pobres rebaños, temerosos, cobardes, instintivos, que olvidan el pasado y el porvenir, si pueden pastar y rumiar las escasas hierbas del presente.

Pero no faltan en este mundo hombres de corazón fraternal, de mente esclarecida. Estoy buscándolos, como si quisiera completarme a mí mismo. Pero aquí, en el barco, ellos se neutralizan en la sombra o llevan una máscara, bajo los reflejos eléctricos, en el salon florido como un invernadero.

Una niña de siete u ocho años, sobre las rodillas de la madre, atrae mi atención. Sólo la cabeza y los brazos se mueven a veces; los muslos están rígidos, laterales, totalmente separados, y su línea forma un ángulo derecho con el tronco; las piernas penden, atrofiadas. Cuando la madre la instala por algunos momentos sobre la banqueta, la niña se queda en la misma posición, como un maniquí... Sentadas en otra mesa dos mujeres jóvenes gesticulan en silencio. Sorprendo los jeroglíficos vivos de las manos, los gestos que dibujan el aire, la fisonomía fluctuosa de los mudos. Cuando una de esas mujeres levanta su rostro bajo la luz de la lámpara, su expresión es la misma que la de las máscaras sin pupilas. Y cuando veo que la otra «habladora» esboza los signos **en su mano**, como si amasara y modelara algo, me convenzo que ella es también ciega. Siento cuán vana es, en aquellos momentos, toda meditación compasiva. La mujer tres veces inválida, abraza una niña que juega a su lado. Y raras veces he visto, en el rostro de otras madres, una sonrisa de felicidad como la suya. Era pura, serena, inefable... (1).

El «diálogo» entre estas mujeres atrajo a un joven que estaba todo el tiempo sentado en un rincón, solitario. El también era sordo y mudo. Por el magnetismo de la simpatía, aparecieron después en la penumbra del pasillo —detrás de las ventanas del salón lleno de bailarines, jugadores de naipes y consumidores de refrescos y licores—una señorita jorobada, cuya cabeza triangular parecía colocada sobre una bandeja, una anciana bociosa, un muchacho que cojeaba tremendamente, torciendo su cuerpo a cada paso, como una espiral...

De este modo, la familia anónima de estos inválidos me dió el espectáculo de una solidaridad generosa, de un discreto consuelo que lleva finalmente al olvido de sus achaques, de sus deformidades y de su fealdad. Tuve entonces la visión de esa humanidad torturada por herencias mórbidas, mutiladas por accidentes, disminuída por aberraciones fisiológicas, por monstruosos caprichos de la naturaleza. He visto también los ejércitos de inválidos de la guerra, los estropeados del trabajo (otros héroes, verdaderos héroes), todos esos seres tronchados, despedazados, sin brazos o sin pies, reducidos a su mitad en la lucha despiadada de la existencia.

¿Despiadada? La naturaleza, en su crueldad, tiene ciertos límites, ignorados en la vida social de los hombres. Pero la familia de los inválidos, en este barco, me ha demostrado que el amor es más tenaz que el odio; que la tolerancia puede abrigarse también en seres de horrorosa apariencia; que el alma es como una llama que arde hasta en un candelero roto, siempre que pueda contener algunas gotas del óleo sagrado de la vida.

He sentido entonces que la «divinidad» es una victoria de los hombres sobre su propia bestialidad ,sobre sus deformaciones morales y perversiones cerebrales, sobre su egoísmo ciego, sordo y mudo que lleva hacia los abismos del odio, de la tiranía y la matanza. Y, en la noche estrellada, he soñado a ese «templo vivo que es el cuerpo del hombre», armonioso y libre en un mundo de bellezas...

EUGEN RELGIS

---

(1) Recuerdo a Hellen Keller que, amurallada en sí misma, desde su nacimiento—ciega, sorda y muda—logró sin embargo, acumular en su cerebro una cultura casi enciclopédica. Estudió latín, matemáticas, historia. Ha conquistado sus títulos universitarios, perseverando con una voluntad verdaderamente fantástica en percibir el mundo a través de las yemas de sus dedos («veo con mis manos») y por la fuerza directa e irresistible de la inteligencia. El relato de su vida, escrito por ella misma, es una lección de energía espiritual para tantos hombres que estando físicamente sanos, no saben ver ni oír, ni hablar.

TRIBUNA DE LIBRE DISCUSION

LA VERDADERA FUERZA SOCIAL

1. — ¿EL PARTIDO POLITICO ¡NO!

Toda organización, no importa cual sea, no tiene otro valor real que el de ser un medio, un instrumento, un movimiento de fuerza dirigido a realizar un fin: ella no puede ser, no es un fin por sí misma. Ella se crea, ella se forma para servir de medio de difusión de ciertas ideas, de instrumento de defensa de ciertos intereses materiales y morales, con la misión de satisfacer ciertas necesidades inmediatas. Pero ninguna organización es capaz de representar este papel, sino significa una verdadera fuerza social por su esencia, por los medios efectivos de que dispone y por el número indispensable de sus adherentes.

Perteneciendo socialmente a la clase obrera e ideológicamente a un movimiento que tiene por finalidad la liberación del mundo del trabajo y del hombre en general, de la explotación y de la opresión ejercidas por el capitalismo y el Estado, la verdadera fuerza social que nos interesa es la que puede servir para liberar a los trabajadores de las ciudades y de los campos, a los pequeños campesinos y a los pequeños artesanos que no explotan el trabajo de nadie, así como a los hombres del trabajo intelectual, explotados también por los privilegiadoos del mundo capitalista y estatal.

Tres tipos de organización diferente podrían ser examinados partiendo de este punto de vista: el partido político; el sindicato (obrero, campesino o profesional) y la organización ideológica (organización específica, federación anarquista).

El problema, pues, se plantea de la siguiente forma: el partido político, el sindicato y la organización ideológica, ¿pueden servir, en qué medida y cómo los intereses del mundo trabajador en las luchas cotidianas y en el combate revolucionario por la transformación social? ¿En qué medida, en qué grado, en realidad, cada una de estas tres organizaciones diferentes se demuestra eficaz en tanto que instrumento de lucha, como medio de defensa y como punto de apoyo para la transformación de la sociedad y cuál puede ser útil en el momento de una revolución social?

⁂

Hablemos primero del partido político. Cada partido político se constituye con una sola finalidad: CONQUISTAR EL PODER POLITICO. No puede, por tanto, no cuenta tampoco efectivamente, servir los intereses que dice defender, ni realizar los ideales de los que se reclama partidario y que llevará a la práctica, según dice, cuando disponga del mecanismo del Poder, y de la palanca de la máquina opresiva del Estado. El partido político puede ser reformista o llamarse «revolucionario»: ni su finalidad ni sus medios de realización cambian esencialmente: el ejercicio del Poder. Todo partido político, incluso el que pretende ir a una transformación revolucionaria de la sociedad, sólo se manifiesta realmente por la actividad «parlamentaria», y es de las elecciones de lo que se sirve frecuentemente para ir a la conquista del Poder público. El Poder como «fin» y el sufragio universal como «medio», determinan su esencia, así como su estructura, su composición y su papel social, tanto en las luchas reivindicativas como en el proceso de la transformación social, si toma parte en él.

Siendo autoritario y parlamentario, el partilo político tiende a transformarse y se transforma inevitablemente en centro de atracción para los apetitos correspondientes que no tardan a manifestarse de una forma exuberante. Para llegar más fácil y rápidamente a su fin, el Poder, el partido político tiene necesidad de crecimiento y de extensión: debe aumentar el número de sus adherentes. Y se ve obligado a no tener en cuenta ni las cualidades ni el origen social de sus miembros; así su composición inicial cambia rápidamente. Fundado como intrínsecamente obrero o campesino al principio, no tarda en abrir ampliamente sus puertas a todos los que son capaces, de una forma o de otra, de contribuir a su aumento de número, pues su fuerza, para llegar al Poder, reside exclusivamente en la cantidad de electores que le votan. Todos los elementos arribistas, todos los aventureros, consiguen penetrar en él sin dificultad, instalarse como peces en el agua y convertirse pronto en sus dirigentes, en sus verdaderos amos. Y como los mejores especialistas en este dominio son los juristas—los abogados—no es extraño ver a estos últimos a la cabeza de todos los partidos políticos. Es por esta razón por lo que el partido político—ningún partido político—no ha sido ni podrá ser jamás una organización típicamente obrera o campesina, ni una organización de clase, ni aun cuando los deseos más sinceros de servir los intereses de los trabajadores hayan presidido su constitución.

Pero, incluso cuando el partido político consigue conservar el predominio de sus elementos típicamente obreros, no puede representar el papel de instrumento eficaz para la defensa de los intereses de los trabajadores, porque no dispone de ningún medio potente de lucha de clase. Sus medios de acción, en el mejor de los casos, excluyendo la acción parlamentaria—pues el parlamento no es otra cosa que una máquina para fabricar leyes y que un lugar de comadreo y charlatanería—son la propaganda, las reuniones públicas, las manifestaciones y las demostraciones en la calle. Y éstos son medios que en tiempos de paz no turban la tranquilidad de la clase capitalista dominante económica y

y políticamente, bajo el régimen de capitalismo privado, ni la casta del partido gobernante, bajo el capitalismo de Estado. El talón de Aquiles del capitalismo, tanto privado como estatal y del propio Estado, se encuentra en la producción de las riquezas, y de ella el partido político está ausente, ya que no es su dominio propio.

El partido político es un instrumento ineficaz incluso en su propio terreno — la acción electoral y parlamentaria —, pues cuando la clase dominante o la casta gobernante se ven amenazadas por los éxitos esperados o realizados de un partido adverso en determinadas elecciones, siempre encuentran medios suficientes, sea para evitar estos éxitos, recurriendo a un sistema de sufragio adecuado, sea para anularles por una simple oposición a los mandatos obtenidos. La historia política de todos los regímenes abunda en tales hechos extremadamente instructivos. Entonces, el partido desfavorecido o apartado sólo dispone de un solo medio para actuar: el mitin de protesta, la demostración en las calles, si la policía lo permite, desde luego; después no le cabe más que resignarse, renovanco sus vanas esperanzas de futura revancha.

Cuando la reacción se convierte en sistemática y total, y la situación general adquiere aires más y más revolucionarios, no resta a este partido otra solución que lanzarse por las vías de la ilegalidad, a fin de llegar a una «revolución profunda», que para él siempre significa la conquista del Poder. Pero en este terreno el partido político tampoco es un instrumento eficaz, pues el verdadero baluarte de la clase dominante sigue siendo la producción y la economía en general. Y esto es para el partido político un dominio extraño; no tienen, bajo ningún punto de vista, las aptitudes necesarias para apoderarse de la economía y hacerla marchar en beneficio de las masas trabajadoras. Todas las revoluciones lo han demostrado hasta ahora de forma indubitable.

Por consiguiente, el partido político—instrumento de poder por esencia—no puede jugar ningún papel útil desde el punto de vista social, no puede servir jamás los intereses de los trabajadores, ni representar su verdadera fuerza social. Su papel se traduce por la paralización sistemática de la iniciativa y de la voluntad de las masas populares, por el arribismo y el parasitismo de los elementos antisociales y antiobreros y por la extensión de la corrupción general, durante el período de lucha por la conquista del Poder, y por la opresión y la explotación de los productores y los consumidores por medio del impuesto, cuando tiene la suerte de apoderarse del Gobierno. Y es por esto, precisamente, por lo que nosotros, anarquistas, nos declaramos enemigos irreductibles de todo partido político.

2. — LA VERDADERA FUERZA SOCIAL: ¿EL SINDICATO? SI... PERO...

El sindicato o la organización profesional, contrariamente a lo que ocurre con el partido político, es una entidad típicamente obrera, un verdadero instrumento de clase. La composición de un sindicato obrero no puede ser más que obrera, por la fuerza de las cosas, estando fundada sobre la base de la producción, de la profesión o del oficio. No hay, pues, en él sitio para los políticos profesionales y para los abogados. Por otra parte, el sindicato es una organización de masas — es ésta su principal razón de ser — ya que se propone reunir a los productores sobre el terreno de sus intereses económicos, profesionales y sociales inmediatos. En tanto que instrumento de lucha de clases, el sindicato es un aparato poderoso, pues hay en su base las raíces de la producción, el nervio vital de toda sociedad. Por el paro, el boycot, el sabotaje, la huelga general, la organización sindical, edificada por ramas de producción y sobre el plano local, regional, nacional e incluso internacionalmente, es capaz de paralizar toda la vida económica y social, de exigir y de imponer a la clase dominante la satisfacción de sus reivindicaciones, defendiendo los intereses de los trabajadores. La historia del movimiento obrero es rica en hechos de ese género y ellos son tan conocidos que es inútil citar ejemplos.

El sindicato obrero es también un instrumento poderoso, un medio eficaz — palanca de transformación social — en el curso de una revolución, porque su papel en período revolucionario no se limita solamente a la destrucción del antiguo sistema, sino que, modificándose según las nuevas exigencias, sirve de instrumento de transformación de la economía social, teniendo en sus manos todo el aparato de la producción. Y si ciertos partidos «revolucionarios» han conseguido algunas veces la victoria (su victoria, se entiende) fué siempre en la medida en que han podido y sabido servirse de las organizaciones sindicales en provecho propio. No es, pues, por azar y sin motivo, por lo que los partidos marxistas procuran siempre apoderarse de las organizaciones sindicales, subyugándolas y poniéndolas al servicio de sus propias finalidades e intereses.

La organización sindical de los obreros es incontestablemente una verdadera fuerza social. Sin embargo, en una sociedad y en una época donde no solamente los intereses materiales de clase están en contradicción irreconciliable, sino donde también las diferentes concepciones del régimen social y de la transformación de la sociedad actual se enfrentan—diferencias de concepción, de las que surgen las diferencias de tácticas y de los medios de lucha—nada se realiza fatalmente y ninguna organización puede representar automáticamente el papel que le es propio. Todo depende de los hombres y de sus concepciones. La representación social efectiva de la organización sindical está también determinada por su ideología, por su estructura, por su táctica en función de la orientación que los obreros que la componen a que los militantes más activos hayan podido y sabido imprimirle. En la sociedad actual la corrupción multiforme, multicolora, se manifiesta y penetra en todas partes; los más diversos apetitos, la intriga y la estrategia de los privilegios, de los explotadores, de los gobiernos y de los políticos, se infiltran en todos los medios, en todas las organizaciones. El sindicato, formando parte de esta sociedad, no se encuentra tampoco entera y automáticamente inmunizado contra estas infiltraciones. Las grandes centrales sindicales de los Estados Unidos son de ello el más evidente ejemplo. Su estructura, su forma de funcionar, permite que los presidentes se conviertan en reyes irrevocables, en tanto que agentes de la clase dominante o de los gobiernos, transformándolas en instrumentos puestos al servicio del Estado y de los políticos, pareciéndose así a los sindicatos de los países totalitarios, donde desempeñan el papel de órganos estatales.

Gr. BALKANSKY

(Trad. F.M.) (Terminará en el próximo número.)

FUNDACIÓN ... COLECTIVAS
BIBLIOTECA

Ideario social y estético de GARCIA LORCA

SE ha hablado tanto de Granada; han sido de tal relieve los escritores, los poetas y los artistas que se han referido a la primorosa ciudad andaluza que, cuanto de ella se diga trasciende a tópico, a lugar común. Además, muy debajo de la realidad. Hay tal variedad de factores ambientales, que no es posible captarlos en toda su integridad; no se alcanza a plasmar en el papel aquello que constituye la esencia, el modo de ser vital de una ciudad. Lo que importa es haber vivido; haberse saturado plenamente del ambiente. Hay un colorido, una característica visual que constituye el alma de una ciudad. Y ello es intraducible. Haberse adentrado, a todas horas del día y de la noche, en el corazón de la ciudad. Tan sólo así se puede conocer y sentir con hondura lo que es Granada.

Afortunadamente, el prosaico celo de *modernización*, por parte de agrimensores y arquitectos, no ha desfigurado del todo el carácter típico de Granada. Hay calles rectas, anchas, con casas hechas en serie, como las de cualquier población de aspecto moderno, frío y desabrido. Monótona arquitectura de fábrica, de cuartel, de presuntuosa factura burguesa. Pero, recorriendo la villa, acá y acullá quedan rincones de un encanto evocador. Lugares en que la mirada abre el disparadero de la fantasía... Sitios en los que el tiempo diríase que se ha remansado y se vive el aire de épocas pretéritas. O de un presente saturado de una vaga nostalgia, de una tenue e indefinible melancolía...

Hay imágenes, se perciben sensaciones que quedan en el recuerdo, enlazadas ya para siempre. De imágenes y sensaciones queda enriquecida la memoria del que ha visitado Granada; del que en su seno se ha reposado unos días. No como el turista presuroso de recorrer el itinerario fijado. Se ha de conocer la ciudad y sus contornos en las cuatro etapas del año: en el invierno, cuando el aire helado que baja de las cumbres de Sierra Nevada sl adentra se adentro por todos los recovecos de la ciudad; en la primavera, cuando los cármenes florecen, y de la arboleda de la Alhambra, y de los jardines que bordean el Genil se percibe, en las tibias mañanas, la sinfonía de los pájaros, alegres y bulliciosos; en el verano, cuando los ocasos se prolongan y una sinfonía de colores se ciernes sobre la vega y tiñe de un rojo vivo las torres de la Alhambra; en otoño, cuando el cierzo barre las hojas que se van desprendiendo de los árboles, en los paseos y jardines, y la ciudad toma un aire más íntimo, de un cierto recogimiento.

Conocer Granada es haber vagado por el laberinto de callejuelas empinadas, empedradas de menudas guijas, que componen el barrio del Albaicín. Es haber contemplado la ciudad, en las serenas horas del crepúsculo, desde la Torre de la Vega. Es haber bebido agua de la Fuente del Avellano, de la Fuente de la Bicha, de los aljibes de la Alhambra y de los surtidores del Generalife. Es haber saboreado esos exquisitos «rollos» y «pan quemao», que llevan en grandes cestas planas las vendedoras, y pregonan por las calles y plazas en las primeras horas de la mañana. Es haber cruzado la Plaza Bibarrambla para recorrer el dédalo del Zacatín, contemplando, recuerdo de un emporio musulmán, las filigranas y arabescos, grabados en piedra, sobre el marco de puertas y ventanas. Es haberse bañado, durante las horas de bochorno estival, en las aguas puras, cristalinas, del Darro y del Genil. Supone el haber contemplado las torres de la Alhambra y los miradores del Generalife bajo los dorados fulgores del sol, y a la plateada luz de la luna, en las silentes noches estrelladas. Haber deambulado por entre las cuevas del Sacromonte, escondidas entre chumberas, contemplando el vivir cotidiano de esos gitanos granadinos, limpios y laboriosos, trenzando mimbres o martilleando el cobre. Y, sobre todo, tener recorridas las innumerables callejuelas de la ciudad, donde laboran, en reducidos obradores, verdaderos artistas en artesanía: los que se dedican al repujado de cuero, al estilo de Córdoba, pura ascendencia musulmana; quienes se ocupan en la cerrajería artística; los tallistas en madera; los que hacen primores con el bronce; y tantos otros artesanos que, en sus respectivos oficios, laboran a conciencia, desdeñando la endeble producción en serie de las máquinas. ¡Y así tantas y tantas impresiones, que quedan prendidas en el recuerdo!

Es habiéndose saturado de lo que constituye el alma de la bella ciudad andaluza, de esa «Granada la bella», como la llamaba Ganivet, como se alcanza a comprender el afecto que por ella sentía un poeta de la categoría de García Lorca, quien, enamorado de todo lo popular, en el ambiente granadino tomó inspiración para sus concepciones sociales y estéticas.

Federico García Lorca, aun no siendo natural de la misma Granada (había nacido en un pueblo de la provincia, Fuente Vaqueros, a veinte kilómetros de Granada) era granadino de corazón; sentía un amor profundo por «su Granada» como dijo Antonio Machado. El ambiente de la ciudad le era sumamente familiar. Allí había ido formándose su sensibilidad de poeta. Le encantaba el aire popular y la ascendencia árabe de la población. Le fascinaba el temperamental espíritu de independencia de los gitanos granadinos; su prestancia desenvuelta, su temple rebelde. De ahí que detestara la brutal acometividad autoritaria de los ene-

migos jurados de los gitanos: la guardia civil, contra quienes escribió en el conocido romance:

«Tienen, por eso no lloran,
de plomo las calaveras.
Con el alma de charol
vienen por la carretera.
Jorobados y nocturnos,
por donde animan ordenan
silencios de goma oscura
y miedos de fina arena.
Pasan, si quieren pasar,
y ocultan en la cabeza
de pistolas inconcretas.»
.. ..
.. ..
«La ciudad, libre de miedo,
multiplicaba sus puertas.
Cuarenta guardias civiles
entran a saco por ellas.
Los relojes se pararon,
y el coñac de las botellas
se disfrazó de noviembre
para no infundir sospechas...»

García Lorca, como ningún otro escritor de los que han hablado de la «ciudad de las fuentes», ha sabido reflejar, con primor en los detalles, lo que de un modo perenne valoriza a la ciudad. Así escribió:

«Granada ama lo diminuto. Y en general toda Andalucía. El lenguaje del pueblo pone los verbos en diminutivo. Nada tan incitante para la confidencia y el amor... El diminutivo no tiene más misión que la de limitar, ceñir, traer a la habitación y poner en nuestra mano los objetos e ideas de gran perspectiva.

»Las creaciones justas de Granada son el camarín y el mirador de bellas y reducidas proporciones. Así como el jardín pequeño y la estatua chica.»

«Lo que se llaman escuelas granadinas son núcleos de artistas que trabajan con primor obras de pequeño tamaño. No quiere esto decir que limiten su actividad a esta clase de trabajos; pero, desde luego, es que lo más característico de sus personalidades.»

«Se puede afirmar que las escuelas de Granada y sus más genuinos representantes son preciosistas. La tradición del arabesco, del arabesco de la Alhambra, complicado y de pequeño ámbito, pesa en todos los grandes artistas de aquella tierra.»

He ahí cómo define el poeta el espíritu de su amada ciudad:

«Granada es apta para el sueño y el ensueño. Por todas partes limita con lo inefable. Y hay mucha diferencia entre soñar y pensar, aunque las actitudes sean gemelas. Granada será siempre más plástica que filosófica. Más lírica que dramática. La substancia entrañable de su personalidad se esconde en los interiores de sus casas y de su paisaje. Su voz es una voz que baja de un miradorcillo o sube de una ventana oscura. Voz impersonal, aguda, llena de inefable melancolía aristocrática. Pero, ¿quién la canta? ¿De dónde ha ha salido esa voz delgada, noche y día al mismo tiempo?»

«Para oirla hay necesidad de entrar en los pequeños camarines, rincones y esquinas de la ciudad. Hay que vivir su interior sin gente y su soledad ceñida. Y, lo más admirable, hay que hurgar y explorar nuestra propia intimidad y secreto, es decir, hay que adoptar una actitud definidamente lírica.»

El teatro era, para García Lorca, uno de los medios más apropiados para educar la sensibilidad de las gentes. A la labor teatral se dió con todo su entusiasmo. Es harto conocida la simpática obra que llevó a efecto al juntar un equipo de muchachas y muchachos universitarios, creando La Barraca. Como los antiguos artistas de la farándula, que, con vetusto carricoche iban de pueblo en pueblo, así García Lorca y sus amigos recorrieron las polvorientas carreteras para poner en escena, en las plazas de los pueblos y aldeas, algunas de las obras cortas más admirables del teatro castellano. Era su anhelo, que la belleza, la poesía, el fondo moral contenido en la herencia teatral de los clásicos fuera conocida del gran público, de las clases laboriosas que no han tenido ocasión de cursar estudios y saturarse de cuanto de aldmirable ha sido creado en las artes y las letras. En una interviú que tuvo Juan Chabás con García Lorca, de la que dió cuenta el diario de Madrid, «Luz», en septiembre de 1934, decía el autor de «Yerma»:

«El público que yo amo son los obreros, las gentes sencillas de villorrios y aldeas, los estudiantes; las gentes que trabajan y estudian.» Agregaba que los hijos de «buena casa» y los tontos presumidos que acudían a presenciar las representaciones de La Barraca, hacían una mueca desdeñosa y marchaban pronto, profiriendo un evasiva: «No está mal...» «A nosotros esto nos es indiferente—comentaba García Lorca—. No ponen ningún esfuerzo en informarse. Ignoran lo que es el gran teatro español. He ahí cómo son gentes que se llaman católicos, monárquicos y que pretenden tener la conciencia tranquila. Lo que más me encanta es actuar en los pueblos. ¡Ver a un campesino, maravillado oyendo un romance de Lope, diciendo sin poderse contener: «¡Qué bien dicho está!»

Tuve ocasión de presenciar la actuación de La Barraca en tierras de Levante. Una noche de verano, perfumada por el azahar de naranjos y limoneros. Vi en Játiva una representación. Hace ya algún tiempo hablé de ello en el semanario «Ruta», en artículo que titulé «García Lorca, educador popular». El autor del «Romancero Gitano» se apartaba de todo aquellos que tuviera empaque de suficiencia. Era sencillo y jovial. Yendo por las carreteras y haciendo alto en los pueblos con el carricoche que denominaban La Barraca. El poeta vestía un «mono» azul, de mecánico, y calzaba alpargatas blancas. Antes de cada representación explicaba de un modo claro, ameno, lo que era el teatro clásico español.

Con el epígrafe «Los artistas en el ambiente de nuestro tiempo» publicó «El Sol», de Madrid, en diciembre de 1934, unas manifestaciones de García Lorca, hechas al redactor del citado periódico, Alardo Prats. Por ellas se evidencia el modo de ser, la modestia del gran poeta andaluz, quien, al propio tiempo, pone de relieve uno de los rasgos característicos de su amigo, el compositor Manuel de Falla.

Aducía García Lorca que, al terminar alguno de sus trabajos, sentía el afecto por la obra realizada, como el padre que nota que su hijo es hermoso. Explicaba que, a la postre, era el del artista una especie de don obtenido por azar. «Yo he aprendido—decía—de mi maestro Falla, que no solamente es un gran artista, sino que también es un

santo, una lección ejemplar. Con frecuencia tiene la costumbre de decir: «Nosotros, que desempeñamos el oficio de músicos». La pianista Wanda Landowska oyó un día, de la boca del maestro, estas humildes y magníficas palabras; y le hicieron el efecto de una herejía. «Hay gentes convencidas de que, simplemente porque ellos son artistas, todo ha de estar hecho a su medida».

A la manera de Tolstoi, García Lorca consideraba que el Arte ha de ser algo más que un simple pasatiempo para entretener el ocio de las gentes con disponibilidades económicas. Creía firmemente en el sentido educativo que ha de dársele al teatro; educación de la sensibiildad, elevación del espíritu, goce de la mente ante la Belleza. Mas, para ello, consideraba que era imprescindible dar una solución adecuada al acuciante problema social, a la inicua desigualdad económica entre los hombres. Estimaba que, en tanto existan clases en la sociedad, el Arte no podrá llevar a efecto el cometido que está llamado a desempeñar.

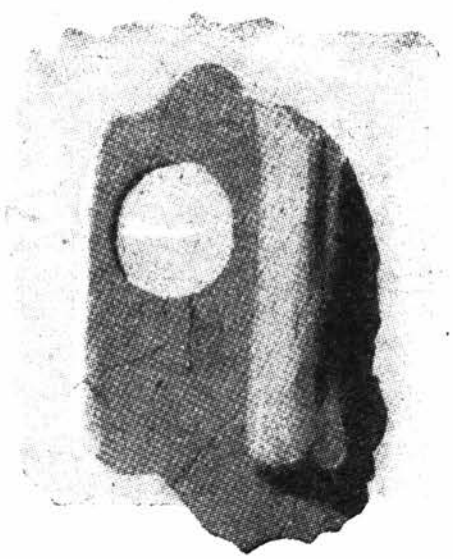
En abril de 1936, y en el diario «Heraldo de Madrid», en interviú con uno de sus redactores, manifestaba el autor de «Bodas de Sangre»: «El mundo se encuentra inmovilizado ante el hambre que produce estragos. En tanto que habrá desequilibrio económico el pensamiento ha de verse limitado. Yo lo he notado por mis propios ojos. Dos hombres se hallan a la orilla de un río. El uno es rico, el otro es pobre. El uno tiene el estómago lleno, el otro mancha el aire con sus bostezos. El rico exclama: «¡Oh, qué bonita barca se ve sobre el agua! ¡Mire el iris cómo florece en la ribera!» Y el pobre murmura: «¡Tengo hambre! ¡Yo no veo nada! ¡Tengo hambre, mucha hambre!» Naturalmente. El día que desaparezca el hambre se producirá en el mundo la conmoción espiritual más grande que la Humanidad ha conocido jamás. ¡No se puede uno imaginar la alegría que estallará el día de la Gran Revolución!

Manifestaba García Lorca que era la suya una concepción del Teatro de un carácter personal y, hasta cierto punto, combativa. El Teatro estimaba que ha de ser la poesía que sale del libro y se hace humana. Es necesario—explicaba—que los personajes que aparezcan en escena tengan una configuración de poesía y, al propio tiempo, dejen ver sus huesos, st sangre. Deben de ser humanos con todo el sentido trágico de la vida, con la realidad que trascienda de sus palabras, saturadas de amor o de odios. Lamentábase de que hay millones de seres que no han podido conocer lo que es el Teatro, el buen Teatro. Cuando a un auditorio de gentes sencillas se le muestra la belleza de una obra como «La Vida es sueño», se conmueve y se maravilla de admiración.

En la citada entrevista que tuvo con uno de los redactores de «El Sol», decía García Lorca: «Yo seré siempre partidario de los pobres. Estaré siempre con aquellos que no tienen nada, y a quienes se niega incluso la tranquilidad. Nosotros—me refiero a los intelectuales formados dentro de lo que se puede llamar la burguesía acomodada—estamos llamados al sacrificio. Aceptémosle.» Aludía a la terrible lucha existente en el mundo en pos de la consecución de la justicia. Puntualizaba: «Si se me pusiera en una balanza, los términos de esta lucha: aquí tu dolor y tu sacrificio, allá la justicia para todos, incluso con la angustia del pasaje hacia un futuro que se presiente pero que uno ignora. Pues bien, dejaría caer mi puño con toda la fuerza sobre este último platillo.»

Que los fascistas, que los reaccionarios de todo pelaje, en Granada, debían tomar muy en serio el sentir de García Lorca, pese a su ascendencia burguesa, lo prueba lo que hicieron con él. Mas, al asesinarlo, no tuvieron en cuenta que la noticia del crimen repercutiría por doquier; y, muerto el poeta, su nombre tomaría un ascendiente como ellos jamás podían imaginar ni desear.

FONTAURA



En una obra reciente de Erich From, intitulada «Etica y Psicoanálisis», este autor ha destacado que las ideas del racionalismo enseñaron al hombre que puede confiar en su propia razón como guía para establecer normas éticas válidas, y que puede depender de sí mismo sin necesidad de la revelación y de la autoridad de la Iglesia para saber lo que es bueno o malo. El lema del racionalismo «atrévete a saber», significando, confía en tu conocimiento, llegó a ser el incentivo para los esfuerzos y adquisiciones del hombre moderno.

En lugar de esto ha surgido una duda sobre la autonomía humana y sobre la validez de la razón, y se ha creado un estado de confusión moral en el cual el hombre ha quedado sin la guía de la revelación pero también sin la guía de la razón.

«En cierto sentido—dice From en otra parte—la crisis humana contemporánea ha conducido a una retirada de las esperanzas y las ideas del racionalismo, bajo cuyos auspicios comenzó nuestro progreso político y económico.»

Por otra parte, las ideas de libertad y democracia se deterioran hasta el punto de no ser otra cosa que una fe irracional cuando no están basadas en la experiencia de cada individuo, sino que son presentadas a éste por partidos políticos o Estados que lo obligan simplemente a creer en ellas.

Frente, entonces, al viejo racionalismo que había inspirado políticamente a las doctrinas liberales, democráticas, socialistas, etc., se levanta el conjunto de las ideas que a fines del siglo XIX y en el siglo XX se manifiestan bajo el manto común del irracionalismo.

Señalemos algunos de estos aspectos. Tenemos, en primer término, la ética autoritaria. La ética autoritaria, por oposición a la antigua ética humanista, se caracteriza en primer lugar porque el hombre por sí mismo no puede determinar el criterio sobre virtud y pecado, y que por el contrario esto corresponde a una autoridad que comienza por establecer que la obediencia es la máxima virtud y la desobediencia el pecado capital.

El individuo está entonces regido por el miedo al terror y por la sumisión emocional. Y el cuadro de valores que resulta es, en definitiva, determinado por la autoridad, por la jerarquía, de acuerdo a las particulares necesidades y convenciones que rigen al Estado.

Otro aspecto es el de la duda irracional. Mientras la duda cartesiana es una duda metódica, una duda para creer, en cambio la duda irracional se presenta en su forma más extrema como la compulsión neurótica a dudar. «La persona que la sufre se ve compelida a dudar de todo lo que piense y de todo cuanto hace. Esta duda, naturalmente, es torturante y agotadora. Y para la persona que la vive no existe en ninguna esfera de la vida experiencia alguna que tenga, la cualidad de la certeza».

Pero como hombre no puede vivir sin fe, y no teniendo la fe racional que supone la confianza del individuo en sí mismo, la duda irracional lleva inmediatamente a la fe irracional. La fe irracional es la fe en los líderes, en las máquinas, o en el éxito.

Esta fe irracional no es el resultado—dice Erich From—de la propia experiencia, sino que se basa en la sumisión del individuo a una autoridad irracional. Y naturalmente tampoco se puede confundir con el escepticismo, que como el racionalismo era una fuerza progresiva que tendía a destruir o a atacar una fe religiosa, que se sentía inmotivada frente a la razón.

Por último, todo esto nos lleva de la mano al concepto de la autoridad irracional. La autoridad irracional es el centro alrededor del cual giran estos aspectos irracionales que venimos señalando. Y la autoridad irracional podría ser caracterizada como «el poder sobre la gente, logrado sobre la base del terror, donde la crítica está prohibida, y donde existe una absoluta desigualdad entre los miembros de la comunidad».

El líder irracional, entonces, es fuerte en la medida que aplica la fuerza, la violencia y el terror, y en la medida en que se siente apoyado por una fe irracional, irresponsable y sin límites de sus subordinados, valiéndose de la existencia de una duda igualmente iracional, en el seno de la comunidad.

Si empezamos a examinar las características de la primera postguerra encontraríamos seguramente ciertos problemas y ciertos aspectos que confirman lo anterior y que son los puntos de apoyo inmediatos en que el fascismo erigió su obra. Nos referimos, por ejemplo, al sentimiento religioso de las masas, a la relación entre líder y masa, estudiada primero por la psicología social, y más tarde incluso por el psicoanálisis y por la criminología.

Hay aspectos de mística colectiva, de fe religiosa de multitudes, que han sido estudiados bastante ampliamente y que explican algunos de los movimientos nacionales europeos de la época.

En segundo lugar, lo que ha llamado un protagonista de esta época, «la locura de la fe de los adolescentes». Los jóvenes de los primeros años de la postguerra europea, los adolescentes de 1919 y 1920, tenían una verdadera locura de fe, un deseo tremendo y profundo de creer en algo en forma profunda. Habían visto el derrumbe de sus familias, de su país, de sus proyectos y de su futuro en la crisis general que asolaba a Europa, y deseaban creer profundamente como no creían en ese momento en sus padres, los viejos líderes y los viejos sistemas. Esta locura de fe impulsaba naturalmente a las nuevas generaciones hacia los partidos extremos, y hacía que este sentimiento religioso de que hablábamos anteriormente, adquiriese formas políticas y que se volcara finalmente en los líderes surgidos en aquellos días.

Por otra parte hay un fenómeno que es el de la pérdida de la personalidad individual en el mundo contemporáneo, o el decaimiento de su valor. Si bien es cierto que es posible estudiar en la historia contemporánea, a partir del Renacimiento, un movimiento creciente a favor de la individuación de los sujetos, es decir, que los pueblos tienden a una mayor individuación de sus miembros, en cambio no es menos cierto que a partir de la Revolución Industrial por efecto de la técnica y de las grandes concentraciones urbanas, la personalidad indi-

vidual tiende a decaer o a ser tenida en menos y pasar a segundo plano.

Rudolf Rocker, justamente el autor en que pensábamos anteriormente, decía: «Hemos perdido nuestro humanismo y nos hemos vuelto por eso, hombres de oficio, hombres de negocio, hombres de partido. Ha habido—decía en otra parte—un dominio de la técnica a costa de la personalidad humana. Y especialmente—prosigue—la resignación fatalista con que la gran mayoría se acomoda a esa situación es también la causa por la cual es más débil en el hombre de hoy la necesidad de la seguridad económica.»

En una obra altamente sugestiva, publicada en este tiempo, un autor ruso, Drobovitch, que titulaba «De la sugestión de las dictaduras y de la debilidad de las democracias», hacía notar que ni siquiera el 50 por ciento de la población de las grandes ciudades tienen la energía nerviosa para poder dedicarse, cumplidas sus obligaciones normales, a problemas políticos. Y en general se sienten íntimamente satisfechos cuando esa clase de temas y asuntos son resueltos por individuos a los que les da su confianza, a los que dispensa su fe irracional, «hombres fuertes» salvadores del país, aliviándose entonces de adoptar resoluciones y afrontar decisiones en cada momento de su vida.

Si nosotros leemos con atención los textos de los grandes jerarcas fascistas veremos que toda esta clase de consideraciones no les han sido ajenas, y que por el contrario han sido sagazmente tenidas en cuenta y explotadas , especialmente a los efectos de montar la propaganda del régimen y de influir en el destino del país para llegar a la conquista del Poder.

Así, por ejemplo, Hitler en «Mi lucha» ha dicho cosas como éstas: «La psiquis de la masa popular no es sensible a nada que tenga sabor a debilidad ni reacciona ante paños tibios. Como una mujer, cuya sensibilidad siente, no tanto la influencia del razonamiento abstracto como la de un ansia ardiente gobernada por sensaciones, especialmente la de la energía que realiza la tarea por cumplir, y que a dominar al pusilánime prefiere rendir su voluntad al hombre fuerte, el pueblo prefiere el gobernante al suplicante, y siente mayor satisfacción íntima por las doctrinas que no toleran rivales que por el liberalismo, del que apenas sabe hacer uso y del que pronto acaba por renegar. Tiene tan poca conciencia de la afrenta que representa el hecho de verse espiritualmente aterrorizado como de la violación de las libertades que disfruta en su carácter de conjunto de seres humanos, violación concebida con el propósito de conducirlo a la revuelta; tampoco advierte la falsedad intrínseca del credo. Sólo ve la energía despiadada y la brutalidad de su lenguaje, ante el cual acaba finalmente por inclinarse».

Y en otra parte dice: «La inmensa mayoría de la gente es tan femenina en lo concerniente a su naturaleza y opiniones que su pensamiento y acción se hallan gobernados por sensaciones y sentimientos más bien que por consideraciones razonadas. Ese sentimiento, empero,

no es complicado sino muy sencillo y consistente. Apenas es necesario diferenciar, pero es uno de dos: positivo o negativo; ama o aborrece; exige verdades o mentiras; mas no acepta jamás medias verdades o mentiras a medias, y así sucesivamente».

Son esos aspectos irracionales que existen en nuestro tiempo, descuidados y despreciados por los grandes idearios políticos anteriores, que el fascismo explotará para lograr sus objetivos.

Hitler hace reflexiones interesantes a propósito de la propaganda política, que debe tener en cuenta ese carácter irracional, sentimental, volitivo, de las masas, de que veníamos hablando. Así, por ejemplo, dice: «Las asambleas de grandes muchedumbres son necesarias, pues cuando a ellas asiste el individuo acometido del deseo de alistarse en un flamante movimiento y temeroso de encontrarse sólo, recibe allí la primera impresión de una numerosa comunidad, lo cual ejerce un efecto vigorizador y estimulante en la mayoría de las personas. Estas se someten a la mágica influencia de lo que llamamos «sugestión de la multitud». Los deseos, los anhelos y la pujanza de miles de seres se acumulan en el pensamiento de cada uno de los presentes. Un hombre que concurre a una de estas asambleas lleno de dudas y vacilaciones, sale de ellas íntimamente fortalecido; se ha convertido en un miembro de la comunidad. Jamás debe ignorar esto el movimiento nacional-socialista».

Hitler ha desarrollado esto, diciendo en otra parte: «El término medio de la muchedumbre que compone una nación no está formada por filósofos. Para él, la fe es muy pjrincipalmente la única base en que se apoya un punto de vista moral de la vida. Las varias tentativas realizadas con el objeto de hallar sustitutos no han resultado tan adecuadas o afortunadas como para constituir una reforma evidentemente deseada, a cambio de las antiguas confesiones religiosas».

Finalmente, refiriéndose a la propaganda, dice que «el talento oratorio superior de una naturaleza apostólica dominante tendrá ahora (al atardecer) más fácilmente éxito en ganarse adherentes para la nueva voluntad cuando trata con individuos que han experimentado un debilitamiento de su fuerza de resistencia del modo más natural, que cuando trata con individuos que aún poseen el pleno gobierno sobre sus energías y sobre su fuerza de voluntad».

Es decir, que incluso llega a la sutileza de tener en cuenta aquella hora del día en que es más fácil imponerse a las multitudes por el debilitamiento de la energía nerviosa del prójimo, y por tanto hora más propicia para comenzar las grandes asambleas políticas, en las cuales hay todos los elementos de carácter irracional que venimos comentando.

En términos semejantes se expresa repetidamente Mussolini, y todos y cada uno de los grandes líderes del movimiento fascista. De más está decir que a esto está unido aquel desprecio al «intelectualismo» al que ya hemos hecho referencia, la valoración de los elementos más negativos, no ya de la razón, sino incluso de la intelectualidad.

Para terminar hay ciertos elementos que debemos señalar sintétimente: en primer lugar, de qué manera el fascismo desarrolló ahora

ya fuera de la estricta ideología, todo un repertorio de técnicas y prácticas destinadas a incrementar o favorecer los aspectos irracionales de su doctrina.

Las grandes concentraciones políticas, la presentación teatral hasta el dramatismo de las mismas, los colores, músicas, cantos, etc., para obtener la adhesión irracional de los assistentes. El uso del uniforme, la técnica militarista para mecanizar a los afiliados, la disciplina férrea, etcétera, está en la misma línea de propósitos.

Por otra parte la extensa gama de la propaganda desarrollada por primera vez en gran escala para el mundo de la política, de acuerdo a una concepción que se ha calificado de mágica o religiosa.

Pero en segundo lugar, para hacer más complejo este fenómeno del fascismo que venimos estudiando, ya dijimos al principio que aunque las fundamentaciones son irracionales obtenidas merced a sentimientos o a cierta presencia mística, sin embargo las conclusiones son rigurosamente racionales. Es decir, establecido un punto de partida, las conclusiones que se elaboran son rigurosamente racionales.

Por ejemplo, determinado por razones que no son racionales, la calidad de una raza superior sobre otras inferiores, se liega a la conveniencia, por vías racionales, de la racionalidad a los efectos, y se aplica una técnica de rigurosa racionalidad a los efectos de hacerla más efectiva.

Es decir, que la tecnificación se pone al servicio de una irracionalidad originaria. De ahí resultan esos aspectos de lo que se ha dado en llamar la bestialidad planificada, que ha solido tener el fascismo en repetidas oportunidades.

IV

EL FASCISMO COMO DICTADURA CAPITALISTA

Hay una afirmación relativamente vulgarizada que dice, que el fascismo es el gobierno dictatorial del gran capital financiero. Palmer Dutt ha dicho: «Es la expresión de la decadencia del movimiento capitalista que, llegado a su término, trata de sobrevivir por medios nuevos de violencias y engaños.»

Y Kuczynski nos dice: «El fascismo es, en realidad, la dictadura de los elementos más reaccionarios entre los monopolistas».

Esta afirmación, quisiera adelantar que no la comparto, aunque me parece que la discusión de las razones por las cuales ha surgido es realmente muy interesante. En primer lugar la afirmación ha surgido un

poco por oposición frente a las propias afirmaciones fascistas, que vamos a estudiar con más detalle, de clara demagogia que sostiene que es un movimiento socialista. Así el movimiento alemán se llama «nacional-*socialista*».

Tenemos los que dicen que el fascismo es un movimiento de defensa de la pequeña propiedad y de las clases medias, así como los que opinan que siendo un movimiento nacionalista y pensando que en las naciones en las cuales se practica no hay vicios burgueses del mundo del comercio, no sería capitalista.

Se vincula además a la idea de que el capitalismo es un fenómeno judío, y siendo el fascismo un fenómeno anti-judío se aduce, en un silogismo forzado, de que el fascismo es anti-capitalista. Frente a todo esto ha surgido la respuesta de todo un vasto sector anti-fascista, que ha demolido cada una de estas afirmaciones y ha destacado ciertos hechos, que llevan a conclusiones tan absolutas, como las que he señalado al principio.

Tenemos el problema del financiamiento, que fué el caso de Alemania, donde uno de los magnates de la industria pesada del Rhur, Thyssen, habiéndose separado posteriormente del nazismo publicó un volumen en que se da cuenta detalladamente de qué manera, los grandes trusts de la industria pesada financiaron el movimiento nazista en sus primeros tiempos, proveyéndolos de abundantes fondos.

Una cosa similar se conoce a propósito de Italia, donde el grupo Ansaldo de los hermanos Perrone, el grupo Ilvar de negocios navieros, la industria pesada y la Banca de Sconto; más tarde la Banca Comerciale (sede por excelencia de los negocios de industrias ligeras), financiaron primero la creación de «Il Popolo d'Italia», y finalmente la propia «marcha sobre Roma».

A estos grupos de grandes capitalistas, de notables capitalistas—recuerden aquellos imperios industriales y financieros de la Alemania de postguerra, en Italia, incluso en España donde se podría dar otros ejemplos—, les animaba un común propósito que era liquidar el movimiento obrero en ascenso.

Después de la guerra se produce un vasto movimiento proletario de agitación que el gran capital teme. Este movimiento obrero se patentiza con la ocupación de las fábricas en Italia, y en los «consejos de obreros» en Alemania, en toda la agitación de la república de Weimar, que alarmó en primer lugar a los magnates de la industria pesada, y a los grandes capitalistas de la industria siderúrgica.

¿Por qué a ellos y no a todos, por ejemplo a los de la industria ligera?

La explicación está un poco en el carácter señaladamente reaccionario de esta clase de explotaciones, en la estructura íntima y económica de las empresas, donde cualquier percance como una huelga, un desastre económico, etc., hacen peligrar no solamente las ganancias, sino la estabilidad misma de las empresas. Así que, tradicionalmente, en todos los países, siempre la gran industria pesada es el sector que tiene una preocupación más señalada frente a los movimientos obre-

ros y procuran quebrarlos. En segundo lugar y esto también es una cosa universal, vive fundamentalmente del apoyo del Estado. Naturalmente que la industria pesada hace locomotoras, rieles, etc., pero fundamentalmente vive de los pedidos que le hace el Estado en materia de obras públicas y especialmente en materia de armas.

Durante toda la guerra (no olvidemos que el fascismo en definitiva es un proceso de postguerra), este sector de la industria pesada había hecho notables negocios con la venta de armas y terminada aquélla hay un proceso de transición brusca, violenta, catastrófica, para toda la industria. La segunda etapa es cuando la gran industria se encuentra enfrentada a la crisis económica del 29, y entonces la industria pesada no solamente usa el fascismo como fuerza de choque frente al movimiento obrero, sino que pasa a una segunda etapa, que es la conquista del poder.

Sin conquistar el poder, es imposible salvar las empresas y la industria lucha por sobrevivir. A veces, incluso con la oposición de la industria ligera, más vinculada al consumo, con relaciones más flexibles con los obreros y que tiende a ser partidaria de la «paz social». La industria ligera en Italia apoya a Giolitti que es el personaje intermedio, antes de la aparición del fascismo y en Alemania mismo apoya al centro católico y liberal.

El segundo hecho en que se manifiesta que el fascismo no es anticapitalista, sino definidamente capitalista, es el conjunto de las numerosas medidas que muestran su política económica.

En primer lugar digamos que sobre esto resulta altamente sugestivo comparar los estudios realizados en diversas épocas.

Cuando uno toma obras escritas en el 36, es decir cuando recién se instala el nazismo en Alemania, recién va a dar su asalto a España y todavía no se ha producido la guerra mundial, ni se ve claro lo que ha sido el proceso de la crisis mundial, ni se ve claro lo que ha sido el proceso de la crisis del 29. Hay una visión del problema que difiere muy claramente de lea que podemos tener ahora.

Así un autor como Guerín, el conocido historiador francés de clara orientación socializante, veía en 1936 la política económica y de qué manera atribuía el fascismo un conjunto de medidas que a su juicio eran su característica.

En primer lugar, el fascismo comienza por restituir al capital privado un cierto número de monopolios de Estado. En Italia el proceso fué muy claro. Los monopolios de los fósforos, de los teléfonos, de los seguros, etc., fueron vueltos al dominio privado.

En Alemania hubo un proceso semejante, en los bancos y las acciones de los trusts del acero que pertenecían al Estado después de la crisis del 29; lo mismo en materia de energía eléctrica que pertenecía a los Municipios. En general la tendencia fué devolverlos a la industria privada, pero nosotros sabemos que esta medida no es exclusiva del fascismo, pues la encontramos en el gobierno conservador inglés que ha procedido a desnacionalizar la industria del acero, o el actual gobierno republicano de Eisenhower, que ha desnacionalizado las ex-

plotaciones petrolíferas submarinas y las ha vendido entre los intereses particulares. Dice Guerin, «que el Estado fascista ayuda a los magnates capitalistas a producir beneficios, acordándole toda clase de exoneraciones fiscales que son por ejemplo la abolición de ciertos impuestos a la herencia, del impuesto inmobiliario, etc.

La apertura de industrias comienza a restringirse; nadie puede abrir una nueva industria sin previa autorización. Hay un conjunto de leyes por las cuales el Estado ayuda a los magnates capitalistas a levantar artificialmente sus precios de venta obligando a los productores independientes a entrar en las ententes obligatorias. Es una manera indirecta para levantar los precios formando ententes obligatorias. Por ejemplo en Italia hay una disposición por la cual si un 70 por ciento de la industria pide hacer un trust, aunque el 30 por ciento no esté de acuerdo con el Estado, los obliga a entrar igualmente.

En el caso de Alemania, además de mantenerse todos los viejos trusts se crean una serie de nuevos consorcios y esto explica una elevación de los precios.

El Estado adopta una serie de medidas en el sentido de levantar las empresas que están en quiebra tomando a su cargo sus acciones, pero en lugar de aprovecharse de la oportunidad para nacionalizar, al contrario se esfuerza por devolverles su carácter de empresa privada. En una palabra, si la empresa estaba en quiebra, el Estado le paga o atiende su pasivo, pero no intenta nacionalizarla.

En Italia, cuando Ansaldo, el mismo que financió el fascismo, entra en quiebra en 1924, fué levantado artificialmente, el Estado tomó a su cargo sus obligaciones y hasta que la empresa se saneó respecto a todos sus compromisos la sostuvo.

Finalmente el Estado intenta sustituir a la clientela privada por sus pedidos a la gran industria. Como la clientela le está fallando a la gran industria, aparece el Estado pidiendo o entregándole productos. Al principio son trabajos de tipo públicos como por ejemplo, caminos. La red caminera alemana es todavía lo m á s notable que hay en Europa. En la red ferroviaria, en el desarrollo de la navegación, en el trabajo de aviones, etc.; pero después aparecen colosales trabajos de defensa nacional, para dotar al país de nuevos armamentos, motorizar el ejército, etc.

Un diario de la época dice que «el rearme es una bendición para la economía». Efectivamente, toda la industria empieza a vivir de nuevo.

El hecho de las ententes obligatorias aunque sea parcialmente y de la prohibición de abrir nuevas industrias incluso las obras públicas, son medidas obligadas por la crisis y comunes no solamente a los países fascistas sino también a los países capitalistas de Occidente.

Si no, tomemos el programa de la administración Roosevelt del 32 al 36, y encontramos que se han realizado similares medidas en los Estados Unidos: una colosal tarea de obras públicas, una colosal red caminera fué realizada con los mismos propósitos y cuando empezó a

flaquear la importancia de los trabajos públicos se recurrió a la formación de stocks estratégicos, renovar la marina de guerra, etc. Es inexacto pretender que son medidas exclusivas del fascismo sino que es propio de un gobierno enfrentado a la crisis y que contempla el problema con una visión capitalista regresiva como es el caso del fascismo.

Autores como Guerin incluyen acciones que ahora nos damos cuenta de que son realmente más originales. Por ejemplo, la manera cómo el fascismo a pesar de que se dice anti-monopolista, sigue actuando en el campo de los monopolios internacionales. Ustedes saben las patentes de la nafta sintética y del caucho sintético, etc. Alemania las mantenía de acuerdo a ententes que había hecho con los grandes trusts franceses, ingleses y norteamericanos.

En segundo lugar en que trata de exportar capitales en lugar de mercancías y prepara en vísperas de la guerra actuar en el campo de las relaciones internacionales de una manera que es típica de un sistema capitalista agresor, orientando sus exportaciones en países donde tiene posibilidad de expansión, reduciendo en los países donde no tiene posibilidad de relaciones o hay posibilidad de guerra; es decir, haciendo una colocación estratégica del capital. Estas medidas son más características de la novedad que aporta el fascismo y ésta sería una tercera versión de lo que constituyó del punto de vista económico.

La idea de que el fascismo es un capitalismo de Estado, no una mera defensa del capital privado ni un gobierno dictatorial del gran capital, sino un intento del capitalismo privado, en colaboración con el Estado en una serie de ententes debe reflexionarse.

En el año 1934, decía Mussolini: «Las tres cuartas partes de la economía italiana reposan en los brazos del Estado; si yo quisiera instaurar en Italia, lo que no es el caso, el capitalismo de Estado, yo no tendría las condiciones necesarias, suficientes y objetivas para hacerlo.»

El Estado era dueño de la mayor parte de las acciones de las grandes empresas. Empezando por la industria pesada que fué la primera, por esa misma estabilidad de gran mastodonte, lo mismo es el problema de los bancos que en Italia fué realmente catastrófico, empezando por la Banca Comercial y la Banca de Sconto, terminaron por caer en manos del Estado en razón de la crisis del 29 en adelante. Por otra parte, lo que se ha sostenido por muchos teóricos fascistas, la idea de que el fascismo del punto de vista económico es un «socialismo de Estado».

Es evidente que muchos de los partidarios del fascismo, especialmente los que creían que el fascismo representaba una intervención socialista, pensaban que había llegado el momento de llevar adelante su socialismo. Así que estos individuos que forman lo que podría denominarse la izquierda del fascismo; veían llegado el momento de imponer a las empresas privadas ideas socialistas y crear alrededor del Estado las corporaciones.

Ugo Spirito, profesor de Filosofía y militante fascista eminente, en

una obra publicada en el año 30, decía que «en la actividad económica, Estado e individuo se funden; aun aislado el individuo, no por ello deja de ser algo análogo a una persona pública, a un funcionario encargado de administrar su propiedad conforme a las exigencias de la economía nacional. No más libre concurrencia, ni monopolio; no más iniciativa privada, sino unidad orgánica de la economía nacional; la Carta del Trabajo es un compromiso, un oportunismo destinado a desvanecerse.

El Estado cesará poco a poco de ser trascendente a los individuos, para adquirir las características de una verdadera inmanencia:» Es decir, la idea de Estado totalitario.

En la actividad económica, Estado e individuo se funden; no pueden ser dos economías contrarias rivales sino los elementos que se complementan y que se unen por una unidad superior.

El propio Spirito, decía que «la economía fascista es una mixtura»; él abogaba por «la fusión del capital y del trabajo para llegar a la corporación propietaria». Los bienes no serían de los patronos, sino de la corporación proletaria que representa a los patronos y a los obreros y al Estado directamente. Ya sea la corporación por la corporación, la propiedad pasa a ser colectiva y deja de ser privada. Se dan cuenta de todo el sentido que tenía y mucho más sentido cuando estaban apoyados de todo un grupo numeroso de estos partidos.

Por ejemplo Gaétano Salvemini, el gran historiador italiano, en un trabajo que se titula muy sugestivamente: «¿Es el fascismo una dictadura capitalista?», se ha referido largamente a lo que él llama «Los plebeyos del fascismo», que son individuos que formando parte del partido adquieren gran importancia y, que entonces por primera vez se encuentran con un poder extraordinario en las manos pasando a ser de sirvientes de las grandes empresas los dirigentes nacionales.

Llegan pronto a la reflexión de que ellos, en definitiva, sólo tienen un sueldo como miembros de la milicia o burócratas mientras que los grandes propietarios tienen los dividendos y todas las ventajas que se derivan de su situación de directores de la industria y son quienes mandan en el Estado y en el país, pues tienen la riqueza nacional.

Terminada la lucha contra los obreros, los sindicatos, etc., comienza entonces una pugna entre los servidores del Estado y milicianos que forman los partidos fascistas contra los grandes capitalistas del grupo monopolista.

Naturalmente, la milicia fascista a esta altura es independiente de los capitalistas, pues su sueldo lo paga el Estado. En la misma situación están los jefes del ejército, que en definitiva son también empleados públicos con toda la tragedia que esto pueda significarles y que también se encuentran en igual situación frente a las grandes finanzas.

Entonces se inicia una verdadera pugna entre estos dos sectores, y estudiando cuidadosamente las medidas en cada época, observamos que hay triunfos de una y otra parte.

En Italia o, de lo que él llama los plebeyos, es la valorización de la lira, y por lo tanto los que tienen un sueldo se sienten favorecidos; en cambio los hombres de negocios consiguen una reducción de los impuestos. La valorización de la lira es en el año 26 y 27, en general la desvalorización de los impuestos son en el año 29.

Finalmente los fascistas crean las corporaciones y empiezan a lanzar la idea en el 34, de que hay que reformar la propiedad por las corporaciones, pero Mussolini inicia en seguida la guerra de Etiopía y se produce un fenómeno que es la liquidación de la izquierda fascista. Mussolini, a través de la guerra, de una manera poco aparatosa, incruenta, se desembaraza de los izquierdistas enviándolos a luchar como voluntarios a Etiopía, donde muchos quedaron naturalmente; otros, vencedores, fueron agraciados con posesiones de tierras, y se radicaron. De esta manera, Mussolini desbarató toda la oposición interna de izquierda.

En el caso de Alemania en la liquidación de la izquierda, que quería la sujeción del capitalismo privado y un socialismo de Estado, ha sido más espectacular y se recuerda bajo el nombre de la «Noche sangrienta». Ya antes del 33 se separa de Hitler el «Frente negro» de Strasser, que tienen una gran parte del partido en Prusia; pero después todos los S.A. que estaban a cargo de Rhoem y Ernst y de jefes populares, pertenecientes la mayor parte a la baja clase media, fueron liquidados sangrientamente por los S.S. El partido perdió el ala izquierda y pudo seguir al servicio de los grandes capitales.

A esta altura se puede resumir la relación del fascismo con el gran capital. Empezando por el principio, el fascismo supone una forma especial de encarar el Estado que resulta de ideas también especiales sobre el poder. Al terror interno frente a los revolucionarios y la expansión militar, frente a las potencias exteriores.

El Estado que es de por sí un instrumento de poder, conviértese en un instrumento orientado a la consecución de estos dos grandes fines: el terror interior, y la guerra exterior.

Muchas medidas del fascismo que nosotros en aquella época pensamos como típicamente fascistas, vemos ahora que son medidas de preparación de guerra como la organización de la industria bajo la égida del Estado.

En la actualidad comprendemos que era una preparación de la guerra. La gran ventaja que explica los primeros triunfos de Alemania sobre sus enemigos fueron fundamentalmente porque estaba organizada con anterioridad, con vistas a la lucha.

Inglaterra comienza a prepararse para la guerra recién en 1938; hasta ese momento todavía se conservará la ilusión de mantener la paz por largos años.

En ese plano se vive; no hay servicio militar, ni organización de la industria; en cambio Alemania viene preparando la guerra sistemáticamente, germánicamente, desde el año 33, y entonces muchas de las medidas que tomaron entre el 33 y el 39, nosotros encontramos que las tomaron Inglaterra y Estados Unidos del 38 en adelante. Se toman

medidas para la sujeción de la industria al Estado; habrá mayor control público, control de cambios, de salarios, etc.

En segundo término, concebido el Estado fascista como un fenómeno de poder, no se puede dudar que gira dentro de la sociedad capitalista, no siendo un socialismo de Estado, ni siquiera un capitalismo de Estado estrictamente, sino que es una forma híbrida típica en que se combinan el Estado totalitario y el capitalismo privado.

Supone esta característica una hipertrofia del Estado que coincide con un proceso general que se viene registrando en los últimos tiempos, a partir de la primera guerra mundial, hipertrofia anterior al fascismo y que éste refuerza y multiplica dándole un sentido política muy señalado.

El Estado tiene, entre otras medidas, la preocupación de estrangular, de liquidar al movimiento proletario de manera de poder impedir el movimiento de obreros independientes.

Por último y esto es capital, bajo el fascismo se forma una nueva sociedad. El Estado de por sí es una fuente de privilegios y por su sólo poder puede convertir a un individuo de la nada, en un hombre poderoso, y en la cabeza o comienzo de una nueva dinastía de privilegiados.

Un decreto, una disposición legislativa, la intervención con fines especulativos, puede convertir a un individuo miserable en un millonario. Un sistema como el fascismo en el que no hay control de la prensa, ni control popular, en que todos los procedimientos son secretos, favorece e incrementa la creación de nuevos privilegios; de ahí que se explica la nueva clase privilegiada—uso la palabra así deliberadamente—que hay en estos países.

Por otra parte, tenemos a los antiguos capitalistas, todos los que se han podido acomodar a esta situación política aunque siempre hay disidentes, pero son los menos.

El capital es anterior y ha sobrevivido al fascismo, pero durante este tiempo se ha creado una clase nueva y a las antiguas clases se han incorporado los dirigentes de los partidos fascistas. Por jemplo en Alemania de Goering, el industrial más grande del mundo; Himmler, el mayor terrateniente agrícola de Alemania, e Hitler, el más grande editor de Alemania.

Los diarios de mayor circulación le pertenecían a título personal; empresas editoras y sus propios libros de obligada venta que tenían millares de ediciones.

Como estos tres individuos hay una enorme cantidad de jerarcas que pasaron a la condición de poderosos capitalistas.

La manera como se produjo este proceso de fusión entre capitalistas y dirigentes, era la cuestión de las élites. La idea de que la gente que forma las élites debe renovarse, que debe buscarse la sangre nueva en las bajas capas, ya estaba en Pareto.

¿Cómo se hicieron accionistas de las grandes empresas? Ya se dejaron regalar las acciones, una cosa que es relativamente común, ya

fueron robadas como los bienes de los judíos y a los que se les prohibió el derecho de propiedad.

Por último el hecho de que las empresas necesitaban del Estado y se produjeron negocios que condujeron a muchos de estos jerarcas a ser grandes industriales.

Es un proceso y un cuadro social general, es decir que no sólo se relaciona con personas sino que tengamos en cuanto la situación general; en este tiempo en Alemania y en Italia el fascismo que significa un fenómeno de poder no ataca al capitalismo, sino que lo sostiene en materia económica, como otros sistemas políticos.

Los antiguos patricios de la gran industria, con los nuevos plebeyos del partido entran en relación de consideraciones internas, que les permiten mandar en el país.

Cuando se producen los triunfos militares entonces todo el país burgués apoya con entusiasmo el régimen por una razón de patriotismo y de prestigio.

Pero tal vez además, porque cada uno de los países conquistados fué saqueado en un sentido que cuesta hasta pensar por las fuerzas de ocupación. Son hechos que se conocen en la época primitiva del capitalismo, pero recién lo hemos vuelto a ver de nuevo al cabo de cuatro siglos.

Esto, naturalmente, amplió la clase gobernante, pues muchos individuos de menor cuantía pasaban a la condición de adinerados y poderosos y cambiaban de situación económica.

Esto hace más compleja todavía la situación con el sistema político. Insisto fundamentalmente que ha sido necesario y fundamental la existencia de un estado totalitario y el hecho de que el fascismo es un fenómeno de poder, que supone la hipertrofia del Estado y la anulación de todas las libertades individuales.

V

EL RACISMO

El racismo presenta la singularidad de que no es necesariamente imprescindible dentro del fascismo.

Mussolini en las famosas entrevistas con Ludwig, éste llevado por su condición de judío, preguntó concretamente su opinión sobre el problema de la raza. Mussolini contesta: «Naturalmente, no existe una raza pura, ni siquiera la hebrea, pero precisamente felices mezcolanzas dan con frecuencia a la nación fuerza y vigor. Raza, esto es un sentimiento; pero no una realidad, el 95 por ciento es sentimiento. Yo

no creo que se pueda probar biológicamente que una raza sea más o menos pura. Los que proclaman noble a la raza germánica son por combinación, no todos germánicos, Gobineau francés, Chamberlain inglés. Se ha llegado a llamar a Roma la capital del caos. Nosotros no señalaremos jamás cosa semejante. El orgullo nacional no ha hecho una necesidad del orgullo de la raza».

También contestó Mussolini: «El antisemitismo no existe en Italia; los hebreos se han portado siempre bien, y como buenos soldados se han batido valerosamente; ocupan puestos elevados en las universidades, y en el ejército, y hay una serie de generales».

Después, sin embargo, Mussolini, presionado seguramente por Hitler, terminó por adoptar leyes de carácter racial y en 1938 la segregación de muchos cargos públicos, especialmente universitarios, de individuos de origen judío.

Pero la verdad es que Mussolini no falta a la verdad cuando dice «que el racismo no está en los fundamentos de su doctrina».

Si examinamos el falangismo encontraremos que aunque se habla de la raza, nunca se le considera como una comunidad de sangre.

¿Cuál es el origen del racismo? En contra de lo que pudiera pensarse y contrariamente por cierto al nacionalismo, es una corriente relativamente nueva. Las obras capitales del racismo no tienen más de un siglo, y las diversas etapas que ha recorrido se han librado en escasos cien años.

Comenzó por ser una doctrina de tipo estrictamente histórico, es decir, una especie de ley de interpretación histórica y ha pasado posteriormente a adquirir una significación política y terminó por convertirse en una ideología y en una mística dentro de Alemania.

La obra primera que se publicó a propósito del asunto de la raza es el libro del autor francés, conde Arturo de Gobineau, publicado en el año 1885: el ensayo «La desigualdad de las razas humanas».

Gobineau pertenecía a la escuela de la Reacción francesa, es decir aquel sector que tuvo entre sus filas, entre otros muy ilustres, a Chateaubriand; fué un enconado enemigo de la revolución del 48 y del recuerdo de la Revolución Francesa. Trata de interpretar todos estos fenómenos como lucha de razas, incluso en Francia.

La Revolución Francesa sería una insurrección del viepo elemento celta contra el elemento germánico aristocrático y se basa fundamentalmente en la división de las razas, de Cuvier el naturalista francés, según la cual hay tres razas: blanca, negra y amarilla. El interpreta toda la historia en el sentido de que la raza blanca es la más importante, y en ella los sectores más caracterizados son los arios. Sus trabajos en general tienden a procurar demostrar que los arios representan las ideas de aristocracia, de elevación, de idealismo frente a las otras razas que en una gradación descendente que termina en la negra, son más democráticas, más materialistas y tienen ideas menos elevadas.

En Francia no tuvo mayor acogida, sus libros no tuvieron mayor suceso. Pero en Alemania entró en contacto con Wagner, el famoso

músico, hombre muy inquieto que tuvo relación con casi todos los intelectuales, se tradujo su obra al alemán y adquirió una extraordinaria importancia. La otra obra es la de un inglés, Chamberlain, publicada en 1889, llamada «Los fundamentos del siglo XIX»; es un continuador de Gobineau que opina que todos los períodos culturales superiores resultan del predominio de los germanos. Chamberlain sostiene la posibilidad de crear una raza superior de una manera digamos artificial, por el mestizaje, como se hace en materia de ganadería a obtener tipos vacunos y ovinos más perfectos. Fué el primero que se le ocurrió que esto se podía aplicar a la raza *humana*, y mejorar a la historia del futuro.

Más que Gobineau destacó toda una crítica contra los judíos y se dedicó a señalar una raza judía cuya sangre y carácter sería distinta a las demás, pero especialmente de la germánica y que se caracteriza por tener todas las perversiones, pero muy especialmente, la perversión de la democracia, el liberalismo y el socialismo.. Las obras de Chamberlain gozaron especialmente de boga, porque fueron amparadas por el kaiser Guillermo II que financió, regaló ediciones enteras entre sus relaciones, incluso tenía la fea costumbre de leer capítulos enteros—dice un memorista de la época—, por lo cual las pobres señoras se dormían sin ningún aprovechamiento. Esto le dió prestigio en Alemania, creando un ambiente propicio que va a desembocar, ya en los prolegómenos del siglo, en autores que sacarán las últimas consecuencias.

Así por ejemplo Woltmann, Mussolini dice que es de origen judío, pero la verdad es que si lo fuera nunca se vió el caso de un individuo que sea tan enemigo de su origen, como se ve en «Los germanos y el Renacimiento en Italia» en 1907, es decir ya en vísperas de guerra. En Woltmann especialmente lo más importante es el asunto del diagnóstico del retrato. Su tesis fundamental es demostrar que casi todos los grandes hombres han sido rubios de ojos azules y altos. Entra en un análisis detalladísimo y que los que no fueron de ese tipo no son genios, a lo sumo excepciones como los mestizos: Dante, Lutero, Rafael, etc. Han sido genios no porque eran mestizos, sino a pesar de ello y sus cualidades geniales eran la parte heredada de la raza germánica.

Opina que dentro de los pueblos además de los tipos clásicos o sean los mediterráneos, alpinos y nórdicos, habría otros sectores como el báltico-oriental.

La tesis fundamental es la interpretación histórica y del presente, que consiste en que la perfección corresponde a los individuos de determinadas razas, su cualidad es una cualidad biológica, sin caracteres heredados, y la sangre está vinculada a una serie de actitudes que nosotros llamaríamos morales. El individuo que es de la raza elegida tiende a ser aristocrático, mientras que unos son creyentes en los dioses de la naturaleza, los otros tienen tendencia al cristianismo.

Por lo tanto, en defensa del tesoro que es la raza, de la sangre, corresponde alejar la raza elegida de las contaminaciones de las razas

inferiores (x), la violencia, el remedio a la fuerza bruta para que esa raza se imponga a las demás.

Lo que es irracional es la creencia de la raza biológica, pero a partir de ese momento todo lo demás que se sigue es evidentemente lógico. La raza nórdica es una raza de amos, por lo tanto usa la fuerza y cuida su pureza racial frente a todos los que son inferiores; de ahí que sea ocioso hablar de clases, países o de particulares. De ahí vienen une serie de medidas y de posiciones realmente interesantes, aporte que hace el fascismo a la creación de problemas ya antes de triunfar el nazismo en Alemania.

El 12 de marzo de 1930, la bancada nacional socialista presentó al Parlamento alemán un agregado al artículo 218 del Código Penal alemán que decía así: «El que pretenda contener artificialmente la fecundidad del pueblo alemán o fomentar tal propósito o el que contribuya al empeoramiento y a la descomposición racial del pueblo alemán, o amenace a contribuir a ello mediante el cruce con miembros de la comunidad judía o con razas de color, será castigado con prisión por traición a la raza.»

Un año después, dentro del partido, la dirección general partidaria ordenó a todos los miembros del partido que para casarse debían solicitar una autorización especial, dada por una oficina racial. Se les negó a todos los que pretendían casarse con mujeres inferiores. Aquí había un tercer agregado, la calidad del extranjero; no podría casarse con alemanes que ofrecieran dudas sobre su carácter germánico.

Finalmente, en Nuremberg se aprobaron las leyes raciales que llevan fecha 15 de septiembre de 1935, que se titula «Ley sobre la ciudadanía alemana y protección a la sangre y del honor alemán».

En esta ley se aplican algunas ideas ya contenidas en el «Meim Kampf», por ejemplo la que señala el punto cuarto de los famosos veinticinco de este sistema. «Nadie fuera de los miembros de la nación, podrá ser ciudadano del Estado. Nadie fuera de aquellos por cuyas venas circule sangre alemana, sea cual fuere su credo religioso, podrá ser miembro de la nación. Por consiguiente, ningún judío será miembro de la nación.»

Hitler, en su obra, habla violentamente a propósito de los judíos; dedica páginas y páginas a ese problema, tanto o más de las que dedica a otros asuntos, y hace una interpretación de la historia.

Así dice de la América del Norte, «cuya población está formada en su mayor parte por elementos germánicos que apenas si llegaron a confundirse con las clases inferiores de color, exhiben una cultura y una comunidad diferente de las que existen en la América Central, y del Sur, pues los colonizadores principalmente de origen latino, mezclaron con mucha liberalidad su sangre con la de los aborígenes.»

Las leyes de Nuremberg, leyes por las cuales se castigan por lo pronto a los no arios que son sorprendidos en falta con respecto a la raza, también castiga a los arios puros que entren en contacto con la raza maldita. Tan delito es el judío que pretende mezclar su sangre con los arios, como los arios mezclar la suya con ellos. Fundamental-

EL MAYOR MISTERIO DE LA LITERATURA MUNDIAL

MARLOWE FUE ESPIA A LAS ORDENES DE LA REINA ISABEL

Por fijar la edad del mundo en 16.000 años, en lugar de los 6.000 bíblicos, Marlowe, a quien el escritor Hoffman atribuye la paternidad de las obras de Shakespeare, estuvo a punto de ser juzgado y quemado por ateísmo. Entre las obras que Marlowe publicó con su nombre, está «El Judío de Malta», que se dice es la fuente de «El Mercader de Venecia», de Shakespeare.

(Continuación)

POR supuesto, después de la muerte de Shakespeare, las leyendas se multiplicaron. Su figura fué grabada para el Primer Infolio por un mozalbete que frisaba en los quince años cuando Shakespeare murió. Sus «ingeniosas disputas» con Ben Jonson fueron citadas no menos de cuarenta y seis años después de su muerte, y, los ejemplos recordados, no son particularmente ingeniosos. El mito de Shakespeare no comenzó inmediatamente, ya que casi nadie de su tiempo pensaba que fueran obras maestras las que se le atribuyen, sino después de cincuenta o cien años, inventando firmas, historias fantásticas (incluso una carta imaginaria diciendo cómo un ama de casa, revolviendo un desván, arrojó a las llamas abundantes manuscritos antiguos firmados por William Shakespeare) anécdotas, conjeturas, atributos, reconstrucciones y dudas.

Durante un tiempo nadie puso en duda que el actor William Shakespeare existió, o que las obras por él firmadas fueron escritas por un gran genio, y la figura del actor se desvanece ante lo que el escritor debió haber sido.

Y es así cómo empezó la búsqueda de alguien cuyos perfiles se ajustaran más al modelo. Bacon, Oxford, Rutland, Pembroke, cada uno de éstos tenía una personalidad más satisfactoria: estudios, familiaridad con las maneras cortesanas, el haber viajado, motivos para querer guardar el anonimato. Solamente se presentaba una dificultad para cada hipótesis: ninguno de los candidatos había escrito anteriormente como un genio dramático. Había únicamente una persona, la raíz de la teoría de Hoffman, cuyas obras y poesías, cuya grandilocuencia y pasión, colmara la medida de Shakespeare, y éste era Christopher Marlowe, padre del verso libre, gran experimentador, y el más amado y respetado dramaturgo de su tiempo. La dificultad estribaba en que Christopher Marlowe, como sabemos, estaba muerto.

No obstante, mientras más leía y releía Hoffman a Marlowe y a Shakespeare, más admirado estaba del asombroso paralelismo entre los dos. Una lista comenzada en un momento de curiosidad, creció hasta contener ciento cincuenta ejemplos, y luego cerca de mil. Las investigaciones revelaron que la mayoría de las autoridades en la materia «otorgaban» a Marlowe crédito completo o parcial en favor de una o dos de las obras de Shakespeare, a menudo tomando como referencia que la composición original tuviera una fecha anterior al aciago día de 1593, en el que Marlowe se reunió con Frizer en la taberna de la señora Bull.

Pero muchas de las obras de Shakespeare, que fueron indubitablemente escritas después de la muerte de Marlowe, tienen también similitudes sospechosas: no solamente frases plagiadas al por mayor, sino que, en muchos casos, Shakespeare de hecho cita a Marlowe, no obstante que sus plagios de otros escritores fueran claramente notables por su silencio. En el pensamiento de Hoffman estaba que un único genio creador podía entreverse a través de la obra entera de Marlowe y de Shakespeare. ¡Si sólo Marlowe no hubiera muerto!

Así fué cómo Hoffman empezó a investigar en la vida de Marlowe. Este, tal cual Shakespeare, nació de humilde cuna, su padre fué un zapatero remendón; tal cual Shakespeare, vió la luz en un pueblecito, Canterbury; y, como Shakespeare, vino al mundo en el año 1564 y fué bautizado justamente dos meses después de su famoso rival.

Hasta allí termina la semejanza entre sus primeros años. Shakespeare, si los informes son exactos (y han sido investigados con fanática minuciosidad), nunca fué a la escuela. Marlowe, por el contrario, debe haber sido un estudiante sobresaliente, ya que a los quince años, obtuvo una beca para el Colegio Real, anexo a la Catedral de Canterbury, escuela de brillante reputación, donde se reunió con los vástagos de ilustres familias: Lily, Sidney, Dobson, Bentham. Debía haberlo hecho bien, pues recibió en 1581 una beca para Cambridge, donde ingresó en el Colegio de Corpus Christi.

Allí Marlowe permaneció durante siete años, traduciendo a Ovidio y Luciano y probablemente escribiendo (¡a los veintidós años!) su «Tamerlán», que marcó una época. Sus compañeros eran figuras literarias y gente noble: Gabriel Harvey, Thomas Heywood y John Fletcher.

Luego ocurrió una cosa extraña. En 1587, cuando Marlowe estaba listo para graduarse con el más alto título académico de la época (M.A.) (2), las autoridades universitarias lo suspenden. Se había ausentado incontables veces por largo tiempo, y, lo que es peor, se había hecho sospechoso de catolicismo (considerado como alta traición). No

fué sino gracias a un accidental descubrimiento de papeles, acaecido en 1925, que aclaramos la razón de todo ello.

Durante sus años de colegio, Marlowe había trabajado como agente secreto y espía de Isabel I y de su jefe de Inteligencia, sir Francis Walsingham. De hecho él había ido a Reims (Francia) a ponerse en contacto con un grupo de católicos ingleses, sospechosos de conspirar en favor de María Estuardo. (Marlowe se encontraba en buena compañía, por lo menos, ya que Raleigh y Bacon también recibieron órdenes de Walsingham, lo mismo que otros aventureros, caballeros de la pluma y ladrones de levita.) De aquí que, cuando su graduación fué puesta en entredicho, el Consejo Privado intervino: «... que no era del agrado de su majestad que ningún empleado, como él lo había sido, en materias relacionadas con el interés de su país, pudiera ser difamado por aquellos que ignoraban los asuntos en que intervino». De más está decir que prontamente le fué concedido su grado a Marlowe.

Y graduado, según nos revelan las investigaciones de Hoffman, adquirió Marlowe una posición de mundana brillantez. Habiendo ganado sus galones en el campo de las aventuras secretas, tuvo acceso a las enormes propiedades de Thomas Walsingham, primo de Sir Francis Walsingham, y quien llegó a ser no tan sólo su jefe sino también su íntimo amigo. En Londres alternó con los más famosos escritores de la época (incluso compartió un cuarto, por cierto tiempo, con Kyd) y se enfrascó en largas discusiones con Walter Raleigh, con el matemático Hariot y con el poeta Chapman. Como escritor obtuvo un éxito inmenso. «El gran Tamerlán» fué sensacional (tuvo siete ediciones) y estableció un estilo, más exactamente un rumbo, que habría de culminar en la saga de las tragedias históricas de Shakespeare. Fué seguido (creemos, pues la cronología es obscura) por su aun más popular «El Doctor Fausto», que contiene estas inmortales palabras relativas a Helena de Troya:

«¿Es éste el rostro que impelió a mil naves
y a cenizas redujo las altas torres de Ilion?»

Luego siguió «El Judío de Malta» (fuente de «El Mercader de Venecia» de Shakespeare); «Eduardo Segundo», «Dido, Reina de Cartago» y otras.

Marlowe obtuvo a la par que éxito más aventuras. Se vió envuelto en una riña, sabemos poco de sus detalles, en la cual un su amigo mató accidentalmente a su oponente. Marlowe fué encarcelado por 30 días, y luego libertado cuando su amigo arguyó legítima defensa y se le relevó de toda complicidad en el asunto.

Entonces, en el pináculo de su fortuna, la tragedia sobreviene. El 12 de mayo de 1593, Thomas Kyd fué arrestado bajo la acusación de ateísmo, intervención en asuntos peligrosos del Estado y publicación de un libelo sedicioso. Torturado en el potro dijo que tres páginas de documentos ateístas, hallados en su estudio, los había obtenido de Marlowe, y que habían sido «mezclados con algunos míos (sin mi conocimiento) en alguna ocasión, dos años atrás, cuando compartíamos el mismo cuarto».

Los cargos eran sumamente graves. Muy poco antes, un tal Francis Kett, a quien Marlowe había conocido en Cambridge, había sido juzgado, no por ateísmo, sino meramente por sostener una doctrina unitaria. Kett fué quemado en la pira, mientras gritaba: «no hay sino un Dios bendito», hasta que (según nos dicen los informes) «el fuego hubo consumido sus miembros inferiores y el humo lo sofocó».

Peor todavía, Marlowe iba a ser acusado de ateísmo, por su creencia de que «los indios y muchos autores» hablaron de una antigüedad de 16.000 años, en tanto que la edad bíblica de Adan sólo databa de 6.000 años; sus creencias de que «el primer principio de la religión era solamente mantener al hombre en el temor»; sus proposiciones de que «todos los protestantes son una partida de hipócritas»; y gran cantidad de otros pecados, incluyendo una apología de la homosexualidad. El acusador era un tal Richard Baines (es satisfactorio apuntar que el mismo Baines fué ahorcado el año siguiente por un delito «degradante») quien proclama haber tomado notas de la libre disertación de Marlowe, Raleigh y otros intelectuales de la época...

⁂

Acongojado por el anonimato a que estaba condenado, al escribir cuando ya estaba «oficialmente» muerto, Christopher Marlowe (o William Shakespeare, según afirma el escritor Calvin Hoffman) deja entrever en las obras atribuidas al comediante británico, alusiones a su «muerte» bajo el puñal de un rufián.

La búsqueda de Hoffman le ha hecho encontrar varios hilos, pero todos ellos enredados en un inextricable nudo. Allí estaba el hecho del extraordinario paralelismo de las obras de Shakespeare y Marlowe. Aun expertos tales como John Bakeles (que establece en su obra definitiva, en dos volúmenes, que Marlowe fué muerto), admiten que: «ciertas obras atribuídas a Shakespeare revelan definidos trazos de Marlowe, que difícilmente puedan deberse a mera imitación... Estos consisten, primero, en líneas enteras o pasajes pequeños tomados de obras que se sabe son de Marlowe; segundo, en palabras típicas del vocabulario de Marlowe, y no del de Shakespeare... y tercero, en ejemplos obvios de la construcción, modo y estilo de Marlowe». Allí estaba el extraordinario vacío de noticias concernientes a la vida de Shakespeare, que ha hecho del «autor de las obras de Shakespeare» más bien una hipótesis que una verdad reconocida. Allí estaba el conocido genio de Christopher Marlowe y allí estaban las extrañas circunstancias que rodearon su muerte.

Hoffman trenzó los hilos en una sola cuerda. Cuando Marlowe se reunió con los tres rufianes en Deptford, ese 30 de mayo, fué con un propósito preconcebido. Ante la amenaza de la muerte o la tortura en Inglaterra, Marlowe debía realizar su escapatoria y tenía que hacerlo en connivencia con Thomas Walsingham y con el auxilio de sus servidores. Probablemente algún pobre diablo fué llevado a la taberna después de oscurecer y, allí, en la pequeña habitación, se le hizo morir. El fiscal fué indudablemente sobornado por Walsingham, para no investigar con mucho empeño las causas de la muerte, y Frizer fué provisto de la excluyente de legítima defensa(cuya actividad había sido recientemente comprobada cuando el amigo de Marlowe fué arrestado bajo un cargo similar). El asesinato de Marlowe fué un artificio, el cadáver arrojado a una tumba desconocida y Marlowe conducido con gran secreto y sigilo allende los mares.

Y allá, o quizás ya de regreso, más adelante, y en la vasta estancia de mil acres de Thomas (para entonces sir Thomas), Walsingham, Marlowe escribió sus obras condenado a eterno anonimato, bajo el constante y terrible peligro de ser delatado (ahora no tan sólo por ateísmo, sino también por complicidad en un crimen).

Una vez que la fuga se efectuó, razonó Hoffman, la gran impostura dió comienzo. «Venus y Adonis», la primera de las obras de «Shakespeare», fué registrada, sin el nombre de su autor, solamente seis semanas después de la muerte de Marlowe. Cuando se publicó, cuatro meses después de la supuesta muerte, estaba aún sin firmar, y dedicada, sin autorización, al conde de Southampton, mozalbete de veinte años, a quien más de una docena de obras se le habían dirigido, en espera de su atractivo patrocinio. La dedicatoria llama a la obra «el primogénito de mi invención» (1), y estaba firmada como sabemos, por «William Shakespeare». Pero nótese, a propósito, que no hay ni ápice de evidencia que el conde de Southampton haya conocido, frecuentado o financiado jamás a William Shakespeare.

De este modo, parte del complot era emplear a William Shakespeare, bien conocido actor, como pantalla de las obras y poemas que Walsingham copiara de los originales de Marlowe y le enviara. ¿Es esto increíble? Hoffman halló en el testamento de Walsingham un legado para cierto «escribano», el único legado hecho a un escribano que pudo hallar, no obstante que examinó más de cincuenta testamentos de la época isabelina. Shakespeare mismo, Ben Jonson nos lo dice, entregaba manuscritos tan perfectos que «nunca borró, testó o tachó una sola línea», hazaña de cuyas dificultades cualquier escritor estaría gustoso de dar testimonio. ¿No podría haber copiado ese escribano las obras de Marlowe? Nótese también que el propio nombre de Shakespeare no aparece en ninguna página titular hasta «Trabajos de Amor Perdidos», en 1598, reconocimiento tardío de la paternidad del autor, que ha burlado constantemente a los eruditos. Recuérdese igualmente que de las treinta y seis obras que aparecen en el póstumo Primer Infolio, dieciocho fueron impresas allí por vez primera. ¿Por qué, se pregunta uno, esta reticencia?

Añádase a esto lo que sabemos del más bien poco impresionante ambiente que rodea a Shakespeare, su inexpresiva carrera conocida, e imagínese la posibilidad de tal hombre obteniendo fama, de un modo que nunca podría haber sido descubierto, y la idea, en principio fantástica, pierde su carácter de ser absolutamente increíble.

Poco después de la desaparición de Marlowe aparece la primera de las obras «italianas»: «Los dos Hidalgos de Verona», generalmente fechada en 1593-94. Obras tales como «Tito Andrónico», «Enrique VI» y «Ricardo III», todas notoriamente imitadas de «Eduardo Segundo» y «Tamerlán», de Marlowe, tenían (creemos) que haber estado ya escritas. Luego siguió la vasta afluencia de comedias y tragedias, la cual, como hemos visto, fué más bien mantenida en secreto hasta la aparición del Primer Infolio.

Los famosos Sonetos debieron ser escritos durante el decenio iniciado en 1590; un contemporáneo, Meres, sitúa los «Sonetos de Azúcar», de Shakespeare, que circulaban entre sus amigos íntimos, en 1599. El contenido de los Sonetos ha sido siempre un misterio para los estudiosos de Shakespeare. Si son tomados en sentido metafórico, engañan la imaginación; si son tomados literalmente, revelan una historia que no tiene nada que ver con el William Shakespeare que conocemos; pero si la teoría de Hoffman es aceptada, nos relatan una historia asombrosamente conformatoria de la misma. La historia que nos relatan es una de crimen, culpa, destierro, engaño y desesperación. El relato empieza en el Soneto XXV, donde el poeta lamenta su destino; en el Soneto XXVI, nos dice no atreverse a enseñar la cara; en el Soneto XXVII, que debe habitar en el exilio; en el Soneto XXVIII, que se ha privado del beneficio del reposo; en el Soneto XXIX, se lamenta de su «condición de desterrado»; en el Soneto XXXVI, clama a su protector:

«No en todas ocasiones puedo reconocerte, de miedo que mi culpabilidad proclamada te cause vergüenza; ni tú puedes honrarme en público con tu ternura, a menos de despojar a tu nombre de ese honor de que goza».

En el Soneto XLIV, habla de «distancia cruel»; en el Soneto XLV, de «rápidos mensajeros» que le traen noticias de fuera.

En el Soneto XLVIII: «¡Qué cuidado he tenido al emprender mi viaje, de colocar bajo los más fieles cerrojos la menor bagatela, a fin de que pudiese quedar intacta para mi uso, al abrigo de manos desleales, en probado y seguro depósito!»

En el Soneto LXXI, conjura a su protector a no afligirse por él: «No sea que el avisado mundo escudriñe vuestros gemidos y se mofe de vos por causa mía, cuando yo no ahente».

En el número LXXII, demanda que su nombre sea enterrado con su cuerpo; y dos sonetos más allá, vienen estas reveladoras líneas (subrayadas): «Así, pues, no habrás perdido sino la escoria de mi vida, la presa de los gusanos, cuando MI CUERPO ESTE MUERTO, LA COBARDE CONQUISTA DEL PUÑAL DE UN MISERABLE DEMASIADO VIL PARA MERECER TU RECUERDO».

Finalmente, en el Soneto LXXVI, habla del disimulo a través del cual «cada palabra casi pregona su nombre» (1).

Ahora bien, ¿qué significan estas lamentaciones proviniendo de William Shakespeare, que se encontraba en Londres, en el pináculo de la fama y la fortuna, durante todos esos años? Nadie ha jamás proporcionado otra respuesta satisfactoria que «ficción poética».

Luego, allí está la siempre esgrimida cuestión de la dedicatoria «Al verdadero inspirador de los presentes Sonetos» Sus iniciales son W. H., y es citado en los sonetos en términos de calurosa intimidad. Desgraciadamente, las iniciales del conde de Southampton son W. H. (Henry Wriothesley), y él, lo mismo que otros posibles candidatos a la dedicatoria, revelan todos una curiosa falta de conexión íntima con el poeta. Pero Hoffman descubrió que el nombre de Thomas Walsingham era algunas veces descompuesto en Walsing-Ham (W. H.), y hay evidencia suficiente de que Marlowe estaba demasiado próximo a él. Una coincidencia, de seguro, pero una coincidencia que corona más de un centenar de otras.

Marlowe, seguramente, debió estar acongojado bajo el impuesto anonimato. Seguramente debió estar tentado alguna vez de mofarse de Shakespeare y atisbar detrás de su planeado engaño. ¿Qué artista puede soportar el observar que otro usurpe su fama?

Por esta razón fué que, con especial interés, Hoffman observó que cuatro de las obras de Shakespeare fueron registradas (1600) bajo la prevención de no publicarse. Una de las obras era «A Vuestro Gusto», que no fué publicada

DEVANEO RURAL

MONOTONIA, fastidio, disgusto de los sabidos lugares del pueblo. Paseo tardecino por Viacorel viendo las invariables hazas de labor, los inmóviles árboles de la carretera, el Moncayo callado como un muerto, los huertos con vallares de cañas en profundo embaimiento ahora.

Fuertes reverberaciones solares: el astro se quita ensangrentando el cielo: empiezan los grillos a dar la lata.

Desfile de camperos y recuas. Pasa una punta de ganado en dirección al Matadero; pasamos Ilarri y yo cuando el polvo lo consiente.

Los dos dependemos del molino que llevamos en la cabeza, o de la colmena en melisagogia, y no dialogamos: alguna que otra palabra suelta. De particular que decir, nada. ¿Entonces...? Aun si hubiéramos de ayudarnos sobre algo no entendido en los libros de estudio...

Lo que ambos de todas veras queremos es variar, actuar, sentir nuestra vida. ¿Acertaremos el camino? ¿Cuál el derecho? ¿Qué supondrá lo que esté escrito sobre los dos y haya de ser? Sea algo qué y no ni bueno ni malo, parecido al Limbo.

Ha silbado el tren estratégico entre dos localidades importantes. Visto desde el Pilar de las Animas, parece cosa de juguete (nota complementaria de la decoración rural, no fea).

La parte llana son huertas tapiadas, piezas de sembradura, frondoso arbolado, correnrías, mimbrales, chopos. Casas ocres en primera línea cabo el puente el Queiles, río de escaso caudal, a menos que crezca. Muchas ventanas mirando al Moncayo. El humo de las chimeneas cabriolea en el aire.

La ciudad, la vieja, la tradicional ciudad navarra agrupa en su vista general eminencias arqueadas y amurallados, cornisas de áticos, cúlmenes de ábsides, torres con cigüeñas, campanarios con balconcillos, fondos rupestres, lejanías azules...

—El tren de todas las tardes a esta hora.

—Humo...

—Yo viajaría en un tren que anduviera siempre y no llegara a parte alguna nunca. La llegada puede ser una desilusión.

—Entonces, un tren cainita.

—Tampoco. Caín no es el andarique que dicen: se cansó pronto y fundó pueblos.

—Tras de matar a su hermano Abel.

—Abel es la víctima de muchos victimarios.

—Lo dudo: entonces los habitantes de la Tierra eran pocos.

—Para ver a Caín, como para ver a Judas, hay que prescindir de la Biblia, libro abstruso.

—Según dicen, mi abuelo fué uno de sus más competentes exégetas.

—Así lo tengo oído.

Mengua por instantes la luz y la oscuridad viene a prisa extendiendo un tul suave, casi perceptible, sobre las cosas. Tocan a queda. Cada árbol es un parador de pájaros. Allá, Moncayo con sueño, enviando pulverizaciones de nieve. El glu-glu de un arroyuelo incita a catar su cristalina agua. Todo da la sensación de quietud, de soledad. El silencio reinante cierra nuestras bocas...

Volvemos.

Están más contentos los recueros que traen el bestiaje a abrevar y cantan a caballo: se introducen en el Queiles lo que el vado permite.

—¡Pobre Caín y pobre Judas, víctimas de un determinismo inexorable!

—Mañana será otro día, Ilarri.

—¿Cómo será, sino igual que todos?

—Mira, mira la estrella miguera: la de los cortejos...

PUYOL

---

sino hasta 1623, y en ello Hoffman investiga para hallar la causa de su curiosa ocultación al público. Un hecho obvio le llamó la atención de inmediato: «A Vuestro Gusto» es la única obra en la cual Shakespeare cita textualmente párrafos de otro contemporáneo, y la cita: «Pastor difunto, ¡qué bien veo la verdad de tu sentencia!» «¿Quién ha amado que no haya amado a primera vista?» (2), fué directamente tomada de «Hero y Leandro», de Marlowe. Pero había más indicios. En la obra, por ejemplo, está justamente el único personaje, entre los mil que Shakespeare creara, que lleva el nombre de William. William es un tonto y un simplón, que es burlado por su ignorancia y sus conceptos pueblerinos por Touschstone (3), quien, como su nombre lo indica, revela el verdadero valor de aquellos con quienes trata. Touchstone le dice al pobre William: «... todos los escritores concuerdan en que ipse significa el mismo; ahora, vos no sois ipse, porque yo soy el mismo» (ipse, significa yo, yo mismo) (4). No obstante, Touchstone dice algo aun más provocativo. Hablando con Audrey, que es una labradora, dice: «Cuando los versos de un hombre no pueden ser comprendidos, ni su buen ingenio secundado por ese niño precoz, la inteligencia, el hombre se queda más tuerto que si le presentaran una cuenta enorme es un mísero mesón» (5).

L. HEILBRONE.

(Continuará.)

---

(1) La traducción de todas las citas de Shakespeare, así como las de los títulos de sus obras, ha sido tomada de «William Shakespeare. Obras Completas», traducción de Luis Astrana Marín, décima edición, Aguilar, S.A.

(1) Dos veces habla Shakespeare de su cojera en sus poemas. En el Soneto XXXVII, dice: «... así yo, estropeado (cojo por el menosprecio de la fortuna»; y en el LXXXIX: «... habla de mi cojera y cojearé acto seguido». Un erudito del siglo XIX, llamado J. P. Collier, desenterró una copla isabelino que nos dice que Marlowe, en cierta ocasión, se cayó del escenario y se quebró una pierna.

(2) « Vuestro Gusto», acto III, escena V (habla Febe). strana Marín, ibra citada.

(3) Piedra de Toque.

(4) Obra citada, acto V, escena I.

(5) Obra citada, acto III, escena III.

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

LA VACUNA CONTRA LA PARALISIS INFANTIL

CUANDO escribimos estas líneas, todo padre de familia en Inglaterra con hijos nacidos entre los años 1947 y 1954, se halla en posesión de una carta circular cursada por el ministro de Sanidad invitándole a dar su conformidad para que sus hijos sean vacunados con la nueva vacuna contra la parálisis infantil que empezará a ser usada en los meses de mayo y junio de este mismo año.

Esta invitación del ministro de Sanidad ha llevado duda y consternación, al mismo tiempo, a infinidad de hogares, pues si bien la aproximación del verano trae como consecuencia el temor a nuevos ramalazos de epidemia y que según afirmación de las autoridades médicas la nueva vacuna puede atenuar los efectos de la enfermedad, lo ocurrido en Norteamérica con el experimento de la vacuna Salk, hace que la mayoría de la gente vacile y tema asentir a que sus hijos sean vacunados. Debido a esto son infinitos los casos en que no se ha contestado al llamamiento, unas veces porque uno de los padres no estaba de acuerdo, otras porque no lo estaban ninguno de los dos, a pesar de las charlas y respuestas a preguntas hechas por el público a médicos y autoridades del servicio de sanidad, radiadas por personal especializado explicando las cualidades y posibilidades de éxito de la nueva vacuna. Pero seguramente este temor que, como decimos, es causado por la desgracia ocurrida al otro lado del Atlántico, desaparecerá tan pronto se empiece a usar la vacuna y se vea, si no el alcance de la inmunización que ésta pueda producir, ya que éste es un punto aún no determinado, al menos que ésta no es la causa que produce la enfermedad.

El objeto de la vacuna contra la poliomielitis lo expone Pierre Lepine en un artículo en la revista francesa «Atomes», de la siguiente forma:

«A primera vista la cuestión puede parecer relativamente simple. Se trata en suma de imitar lo que hace la naturaleza en las poblaciones donde la higiene está poco desarrollada, o en los lugares menos favorecidos de regiones mejor desarrolladas económicamente, asegurando una inmunización espontáneamente adquirida de la casi totalidad de los individuos. Hemos notado que esta inmunización tiene lugar con la ayuda de infecciones inaparentes y a una edad bastante precoz para que el riesgo de la parálisis llegue a ser casi imperceptible; esto, muy probablemente debido, en parte, al hecho de la persistencia en el recién nacido de organismos defensivos recibidos por vía placentaria y que proporcionan al organismo una inmunización activa bajo la capa de la protección pasiva maternal.

»La solución consistiría en reproducir en el niño, particularmente en los países donde la higiene está en progreso marcado, lo que la naturaleza hace espontáneamente en los niños de regiones menos desarrolladas, es decir, el establecimiento de una inmunidad contra los tres tipos de virus, esto sin tener que pagar el tributo de la inmunización natural presentada por las poliomielitis paralíticas que sobrevienen a un pequeño número de niños súbitamente infectados.»

La parálisis infantil o poliomielitis es una enfermedad antiquísima, pues se tienen noticias de que existió en las primeras civilizaciones egipcias; no obstante, en el curso de la historia se hallan pocos o ningunos datos referentes a lo que en nuestro siglo va tomando carácter de azote terrible para los pueblos.

La primera descripción concreta de la parálisis infantil salió de la pluma de Jacob Heine en 1840. No se reconoció en su forma epidémica hasta casi medio siglo después, cuando Oskar Medin en 1887 dió a conocer sus observaciones sobre una epidemia en Suecia. Además de la forma espinal corriente, descubrió la bulbar y algunos otros tipos menos comunes de la enfermedad. C. S. Caverly en 1896 descubrió que la enfermedad puede darse en una forma abortiva o no paralítica, hecho que ha sido confirmado por otros más tarde.

Aunque las primeras epidemias se centraron particularmente en Suecia, las peores se han dado en los Estados Unidos. En 1916 se desarrolló una epidemia que alcanzó la cifra de 27.363 casos repartidos en 27 Estados y solamente en el Estado de Nueva York se dieron 13.224. En años posteriores ha habido grandes epidemias y se cree que en lo que va de siglo el término medio de casos por año en los Estados Unidos ha sido de 4.500 a 5.000. Canadá, Méjico y los demás países americanos, también han y siguen aportando su tributo y no pequeño a la poliomielitis.

Los estudios experimentales de la enfermedad datan de 1907 cuando Karl Landsteiner y Popper consiguieron transmitirla a los monos. Desde entonces a la fecha se han hecho muchísimos trabajos de investigación que, como siempre, han tenido que ser realizados a expensas de sacrificios individuales.

Volviendo a la vacuna británica, el Dr. W.L.M. Perry, en un artículo en el British Medical Journal de primero de marzo, dice que la nueva vacuna, en la forma que su constitución difiere de las que han sido usadas en otros países,

no es tal como para causar ansiedad por lo que respecta a su seguridad. Durante el proceso de elaboración es sometida a la más estricta prueba, tanto por los fabricantes como por el departamento del Dr. Perry. Esta prueba incluye la administración de vacunas a monos llevados especialmente a un estado de sensibilidad hacia la infección por medio de «Cortisona», una prueba que no se usaba cuando, inadvertidamente, el año pasado, en los EE. UU. se proveyeron vacunas conteniendo virus vivos.

Las posibles complicaciones de vacunación con el producto Salk, fueron discutidas en una conferencia de expertos en Estocolmo, el pasado noviembre. Estos llegaron a estar de acuerdo en que los riesgos serían remotos. Uno de estos riesgos es la sensibilización a un constituyente de la vacuna, el más probable es la estreptomicina; pero el doctor Perry dice que aún no se ha dado a conocer ningún caso. No se han descubierto sensibilizaciones Rh. (viene de rhesus, especie de macaco de la India), debidas a antígenes derivados del riñón del mono, y trabajos recientes han dado como resultado el que la vacuna no contiene factor Rh. Tampoco se han observado lesiones renales; el que inyecciones repetidas durante varios años pudieran ser la causa de tales reacciones, es problemático. En la primera fase del cultivo de tejidos se le agrega suero animal; pero en el producto final ha quedado tan poco de éste, que la «sensibilización por medio de esta fuente será rara».

En una palabra, la conferencia consideró el peligro de sensibilización «aparentemente despreciable». Se sabe que han ocurrido algunos casos de reacciones alérgicas; pero la conferencia informó de que todos los casos hasta el presente, habían sido de menor importancia. Secuelas neurológicas tales como polineuritis radiculitis, y encefalopatia, son posible, como lo son después de la inoculación con otras vacunas. No obstante, como la vacuna de Salk es un producto mucho más refinado que la mayoria de las demás vacunas, «es probable que la secuela neurológica sea extremadamente rara». La provocación de la poliomielitis por la inyección, como se ha encontrado haber ocurrido después de la inyección de otros agentes profilácticos, tales como la vacuna contra la tos ferina, se hará en alto grado improbable al parar la vacunación al final de junio, y no volviéndola a empezar hasta bien entrado el otoño. Finalmente existe el riesgo que, aunque despreciable en el caso presente, es el más permanente en la mente del público, por ejemplo, el que virus vivos pudieran accidentalmente ser introducidos en algunas de las vacunas. Sobre esto ha de tenerse en cuenta que desde que las pruebas se hicieron más estrictas como consecuencia de la tragedia americana, ni un caso siquiera de poliomielitis probado, ha sido atribuido a una vacunación defectuosa en más de 20 millones de dosis, y que las pruebas en la vacuna británica van a ser todavia mucho más severas. El problema de prueba ha sido discutido por Salk a la luz de la experiencia del año pasado. La mayor dificultad es que las partículas de virus puedan permanecer en parte de la vacuna que no haya sido sometida a la prueba; en otras palabras, la vacuna no es lo mismo que una simple solución de donde se puede extraer una muestra que sea idéntica al resto de la misma.

Por consiguiente, debe darse gran importancia a la consistencia de resultados negativos. Un resultado positivo que mostrara la presencia de virus vivos, significaria no solamente el rechazo de un lote de vacunas, sino la interrupción satisfactoria de ello. Naturalmente, aquellos trabajadores responsables de la producción y prueba de vacuna, están bien al tanto de todas estas consideraciones. Ni tampoco es solamente el producto final el que únicamente es sometido a la prueba. Durante todo el proceso de producción se van sacando muestras a intervalos, y de esta forma se tiene la seguridad de guardar un escrutinio más correcto de ello.

Mientras que puede aceptarse la seguridad de la vacuna, su potencia no ha podido ser fijada aún. «La prueba final», escribe el Dr. Perry, «de la eficiencia de la vacuna modificada en niños de todas las edades, puede ser juzgada solamente por la experiencia actual». Los resultados de las últimas informaciones sobre la vacuna americana, son de que la proporción de ataque de la poliomielitis paraliticas, es de dos a cinco veces mayor en los niños no vacunados que en los vacunados».

Con objeto de que la experiencia británica pueda ser analizada satisfactoriamente, el Consejo de Investigación Médica y el Ministerio de Sanidad han trazado un esquema concienzudo para la distribución de la vacuna a través del servicio público de sanidad, a fin de que una parte de los niños del pais pueda ser inoculada con lo que se pueda preparar este año. El programa promete ser, como dice el doctor Perry, «el primer paso hacia el control seguro y efectivo de la poliomielitis en este pais».

Dr. R. LONDON

*

Había dos hermanos, uno de los cuales pertenecía a la regia servidumbre y el otro era un humilde labriego. «¿Por qué no entras al servicio del rey para librarte de la aflicción del trabajo?» Y el otro le preguntó: «¿Y por qué no trabajas tu para librarte de la bajeza de la servidumbre? Pues los sabios han dicho que es preferible comer el propio pan y sentarse tranquilamente, a vestir dorada librea y permanecer de pie; usar las manos en mezclar la argamasa a colocarlas sobre el pecho en presencia del emir. Vida preciosa la consumida en estas preocupaciones. ¿Qué comeré en el verano y qué vestiré en el invierno? ¡Oh innoble vientre, date por satisfecho con una hogaza de pan, antes que doblarte a la servidumbre!»—RABINDRANATH TAGORE.

*

La anarquía es la más alta y la más sabia concepción filosófica. Presentida y saludada hace ya mucho tiempo por grandes pensadores, cuenta una pléyade de mártires que han sufrido y muerto por ella.—SERGIO DE COSMO.

*

Yo combato el sistema que da el privilegio. Mi más ardiente deseo es que los trabajadores sepan quiénes son sus enemigos y quiénes sus verdaderos amigos.—JORGE ENGEL.

PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE ROBOTS

III

DOS historias—no importa que sean falsas o verdaderas—que ilustran las maravillas de la técnica nos llegan de la fábrica sin obreros de Detroit. Primera: dos rateros saben que la fábrica, durante la noche, no está vigilada. Provistos de las herramientas necesarias, se introducen en ella. Apenas franqueado el umbral de la puerta fracturada, una voz estentórea grita: «Manos arriba; la policía»... No viendo a nadie, los ladrones intentan escapar. Pero diez voces gritan: «Alto, no huyáis o tiro»... Funcionan las sirenas de alarma. Surge la policía y no tienen más que detener a los dos hombres que, al romper solamente al pasar rayos de ojos eléctricos, desencadenaron magnetófonos y altavoces.

La otra historia, para hacer la competencia a la publicidad, es digna, al estilo americano, de los cuentos de Scheherazada... Un marajah llega a Detroit y maravillado por la fábrica, decide someterla a prueba. Encarga al joven Ford veinte coches diferentes, con la condición de que serán librados dentro de 48 horas.

—¡Poca prisa tiene usted—dice Ford—. Venga conmigo!

Acompaña a su huésped a la entrada de la fábrica y entrega a un técnico los planos de los 20 coches. Después invita al príncipe hindú a subir en su coche y demarra con toda velocidad hacia el otro extremo de la fábrica. En aquel momento comenzaba a salir el primer coche de la cadena, mientras que los otros seguían!... Todavía mejor que en «Las mil y una noches»...

⁂

No estamos todavía nosotros así. Un hecho es exacto, sin embargo: los vigilantes nocturnos de la fábrica duermen en su cama a pierna suelta. A la menor alarma son despertados por células fotoeléctricas, sea por robo, peligro de incendio, rotura de canalizaciones, etc. Los vigilantes diurnos están instalados en salas y desde allí vigilan cuadros de lámparas-vigías. Su educación técnica les permite percibir en seguida, en el cuadro luminoso, el mal funcionamiento de una máquina o la avería en el sitio exacto en que se produce. Estos vigilantes son mejor pagados que los antiguos. La fábrica automática no llama en su auxilio a la fuerza física del hombre, sino a su inteligencia. El mejor obrero del mañana será el que «apretando el botón», dotado de buena memoria, piense y obre rápidamente en función de sus conocimientos técnicos.

⁂

Un año después de su puesta en marcha, la Ford ha sido sobrepasada. Un trust rival ha construido el «robot» más perfeccionado del mundo, que ejecuta 540 operaciones para producir cien motores de coche por hora. Un solo hombre lo vigila. Ford no tiene más que hacer algo mejor. Pero, ¿dónde se detendrá esta carrera hacia la última perfección? Ya se ha calculado que un obrero de 1955 hace el trabajo de 16 obreros de 1953 y de 25 obreros de 1914.

Los grandes técnicos de Margate hablan de una revolución cumplida en el dominio electrónico en 1954 y 1955. Un gran almacén de New-York está dotado de un «robot» que cada hora publica la cuenta de los stocks disponibles de 8.000 artículos.

En Princetown, un «robot» dicta en 48 minutos la predicción del tiempo que hará en toda una región. Las variaciones atmosféricas, expresadas en ecuaciones, son sometidas a la máquina. Un matemático pondría una semana para efectuar los mismos cálculos.

Hace dos años no había en el mundo más que algunos cerebros electrónicos. Hoy las fábricas los producen, exactamente como se producen las máquinas de escribir. Los mejores tienen una memoria de 65 millones de cifras o de letras y efectúan 135.000 millones de sumas por segundo y más de 32.000 multiplicaciones de dos números de 13 cifras. Uno de estos monstruos establece 400.000 cheques o facturas por ahora. Hace balances completos. Calcula en algunas horas los salarios por hora o al día, de centenares de miles de obreros. Un cerebro francés produce 200 recibos y facturas por minuto. Su capacidad de registro es de un millón 400.000 cifras y su velocidad le permite efectuar siete millones 200.000 operaciones por hora. En cuanto al cerebro inglés «Tridac», él sólo reemplaza 10.000 máquinas calculadoras.

Estamos en este punto provisional. Mr. Hurd, un ingeniero americano, acaba de declarar en una reunión de 150 jefes de empresa, que vivimos en la edad «pre-automática». Solamente. Y quiere construir una verdadera fábrica automática, de la que el hombre será excluído. Se trata de una «fábrica de panes», capaz de aprovisionar a una ciudad como New-York. Las tierras serán labradas y sembradas por un robot; la mies segada y trillada por otro, y el grano será molido y la harina puesta en sacos por otro. Un cuarto preparará la masa y cocerá millones de panes que serán vendidos automáticamente. Un solo hombre vigilará el trabajo, siembra, cosecha y trilla. Otro controlará los cuadros de la fábrica de pan. Mr. Hurd asegura que esta realización es posible en seguida.

⁂

El siglo de la futilidad

ADA día nos trae una nueva maravilla: un avión a 3.000 kms. por hora, y un proyectil estelar a 40.000 metros, merced a no sé bien qué mecanismos. Se construyen aviones de transporte a reacción, se posa el helicóptero en los tejados y en las plazas de nuestras ciudades.

Tenemos locomotoras eléctricas rodando con ruedas revestidas de caucho macizo; el radar, cohetes interplanetarios que se elevan a considerables alturas, mientras que el profesor Picard desciende a los abismos de los mares. Los físicos han liberado la energía nuclear; la química procede a las síntesis más extraordinarias; la cirujía trabaja con éxito en el corazón y en un hospital parisino se experimenta con éxito un riñón artificial; el pulmón de acero salva millares de existencias y desaparecen las epidemias gracias a asombrosas vacunas.

De París se habla a un amigo de Washington o de Karachi y la radiotelevisión nos pone instantáneamente en contacto con el mundo entero. La velocidad ha vencido a la distancia, se puede almorzar en Montmartre y cenar en El Cairo. El mundo se ha encogido; la vida humana se ha alargado gracias a los descubrimientos terapéuticos y una utilización de más en más racional del tiempo aumenta su eficiencia. Lo que hace cincuenta años parecía una locura, una utopía, es en nuestros días tan común como la lluvia y el buen tiempo.

Sin embargo, la inmensa masa de los pueblos, relativamente poco se beneficia del progreso fulgurante de la ciencia. Cierto, la radio, la televisión, el cine, los transportes, el teléfono, el alumbrado magnífico de nuestras grandes ciudades, la medecina, la higiene, el control de los productos alimenticios, la industria de la refrigeración, han indiscutiblemente elevado el nivel de vida. Pero si se colocara frente a este avance a las prodigiosas riquezas materiales y morales dilapidadas en beneficio de las guerras y de su preparación (1), el insensato despilfarro debido a las incoherencias sociales, nos daríamos cuenta de que ha sido profundamente conmovido y convulsionado. Aun sin tener en cuenta las riquezas potenciales inexplotables a causa del pánico financiero y económico.

Si un hombre, habiendo vivido hace solamente 50 años, volviese a vivir entre nosotros, descubriría, numerosos aspectos que lo maravillarían, pero también no pocos que le causarían mucho asombro. Preguntaría por ejemplo por qué las ciudades son las mismas que las que él conoció en su aspecto edilicio, por qué se descubren los mismos tugurios, por qué se colocan en los muros tanta propaganda electorera, por qué las líneas Maginot y otros muros del Atlántico (2) han sido edificados, por qué esos enormes acorazados surcan los mares... Y constatando la miseria de millones de seres humanos, pensaría sin duda que hemos sido capaces de inventar la televisión y el avión de la estratosfera, pero que somos incapaces de dar comida a cuantos tienen hambre.

Nuestro siglo, no pudiendo resolver los grandes problemas, se atarda con las futilidades: tres mil kms. a la hora, cohete sideral, pila atómica. Nuestro siglo no construye. Revoca las casonas legadas por las generaciones precedentes (3) y las ilumina al neón. Suprime las antiguas diligen-

---

Los obreros de Ford, Austin y Renault declaran que su trabajo es menos penoso y que ganan más. Pero si es verdad, como aseguran los técnicos del Congreso de Margate, que no estamos más que al principio de «la segunda revolución industrial» y que dentro de tres o cinco años las bases de la producción habrán cambiado completamente; los que tienen en manos la suerte de esta producción, mejor que los financieros, ¿se contentarán de estas simples mejoras?

—Los problemas de la producción que enfrentan hoy a los obreros contra sus patronos, no se presentarán, dice un sindicalista francés. Habrán caducado. La producción será el asunto del robot, o sea de su constructor, que buscará a obtener de él un rendimiento siempre mejor.

—El doble problema de la duración del trabajo y de los salarios tendrá gran importancia, preven los sociólogos y sindicalistas ingleses. Será imposible de calcular los salarios sobre el trabajo hecho. Otro modo de repartición de los bienes de producción y de las riquezas adquiridas, tendrá que ser examinado en función de la productividad de los robots. La fábrica automática acaba de asegurar a los obreros de Ford «el salario garantizado anual». Es el primer paso hacia otras formas de remuneración. ¿Participación en los beneficios? ¿Servicio del trabajo propuesto por Jacques Duboin? Para evitar desórdenes, todo el mundo deberá vivir de la producción de los robots.

Los sociólogos abordan la cuestión del descanso. Predicen que entre 1960 y 1970, la clase obrera dispondrá de más dinero y tendrá menos horas de trabajo como término medio. Su educación técnica estará más desarrollada que hoy. Formulará las exigencias de su nivel de vida mejorado. Se comprueba ya hoy que los obreros que, a fuerza de trabajo, se cambian en técnicos, quieren tener las mismas diversiones que las capas sociales superiores. Esta tendencia se generalizará. Los sindicalistas añaden que pertenece a las industrias automatizadas, que quieren disponer de una reserva humana sana e inteligente, el resolver esta cuestión del descanso obrero, creando bibliotecas, técnicas principalmente, dando a sus colaboradores, los medios de practicar todos los deportes o haciéndoles beneficiar de abundantes diversiones. La máquina no será humana si no trae a todos los hombres las alegrías de la vida, librándoles del trabajo cotidiano.

Charles REBER

Traductor: Pérez Guzmán.

cias, pero fabrica tanques de guerra. Se ríe del espacio atmosférico, pero entrega a los tuberculosos a la caridad pública. Cuida y cura enfermedades ha poco incurables, pero prepara la matanza de millones de hombres jóvenes en las guerras. Desgracia al hombre, lo asimila a sus máquinas y lo hace el juguete de sus futilidades mortales.

Estamos en la Edad Atómica. Era miserable, época incoherente. Que se la juzgue por este ejemplo: Colocad a hombres muriendo de hambre y desprovistos de dinero ante un saco (4) de trigo. Habrá convocación de expertos, de economistas, de agrónomos, de matemáticos, de sabios, de políticos, de jefes sindicalistas. Grandes discursos serán pronunciados. Se elaborarán constituciones, se votarán leyes, se promulgarán decretos, se prodigarán promesas, y todo ese mundo se agitará alrededor del grave problema económico. Y mientras tanto, los hambrientos habrán muerto de inanición, el saco de trigo estará carcomido y el campesino, arrinconado por la quiebra provocará una crisis de «depresión».

El presidente Truman afirmaba que las subvenciones del Estado a los agricultores serán mantenidas, lo que decir quiere que el gobierno yanqui se encargó de comprar los excedentes (5).

Todos los años mueren millones de asiáticos de hambre. Y las naciones poseen pilas atómicas, aviones a reacción y otros «prodigios».

Futilidades, repetimos. Sí, futilidades; mientras tanto lo esencial no sea asegurado para todos: la vivienda, la comida, el vestido, la instrucción, la seguridad del mañana.

He ahí las verdaderas riquezas. He ahí las verdaderas fuerzas. El día en que estarán al alcance de todos, y aun en el instante en que una revolución habrá destruído las formas sociales actuales en provecho de la igualdad económica, cuando la búsqueda científica pura y sus resultados, aunque sean aplicados para porvenir muy lejano, no serán futilidades; pues no se podrán oponer esos verdaderos avances a millones de seres cuyas necesidades elementales están insatisfechas. Los hombres por fin serán y estarán civilizados.

E. ALBERT

(Adaptación castellana de V.M.)

NOTAS

(1) He aquí el «balance» de la segunda guerra mundial del Estado (1939-1945):

32.000.000 de soldados muertos.
20.000.000 de víctimas civiles.
26.000.000 de seres exterminados en los campos de concentración
75.000.000 de muertos «oficiales» en total.
29.500.000 de heridos o mutilados.
21.245.000 de personas sin hogar.
45.000.000 de personas evacuadas, encarceladas, deportadas, internadas o desplazadas.
150.000.000 de personas sin techo ni abrigo.
20.000.000 de personas caminando por carreteras y campos.
30.000.000 de casas destruídas.
1.000.000 de niños sin padres.

375.000.000 de dólares oro como coste de la guerra. Esta cantidad empleada en obras de beneficio popular: bibliotecas, escuelas, hospitales, etc., habría hecho la felicidad de millones de seres humanos. («L'Ecole Emancipée, 1946). — V. M.

(2) Muro del Atlántico: sistema de defensa militarista alemán que en la segunda guerra mundial se extendía desde Narvik (Noruega) al Pirineo vasco. — V.M.

(3) Hay que mencionar que la característica de la construcción europea no es la americana, donde la industria de la albañilería es la más próspera, debido al proceso de crecimiento en que pasan urbes y villorrios americanos, aunque miles de infelices vivan en «pueblos de ratas» o deambulen como «crotos» (vagabundos) sin pan ni techo. — V.M.

(4) Saco de trigo: «bolsa» de trigo para los hispanosudamericanos, siendo para éstos un «saco» lo que para los iberos es una «chaqueta». — V.M.

(5) Lo mismo hace ahora el gobierno del militarista Eisenhower con sus «bancos de tierra», pues mientras hay quien no puede llevarse un mendrugo a la boca, los silos se abarrotan de productos agrícolas que se deterioran. — V. M.

RELATO

TRAYECTORIA DEL CUCHILLO

«—Y están los viejos cuchillos
dormitando bajo el polvo—».
Federico GARCIA LORCA.

El sol caía a plomo sobre el andén; un andén lleno de chicas y de silencio, de esos que dan algún carácter ferroviario a cualquier desértico apeadero de Castilla la Nueva. Cuatro o cinco vagones duermen allá en la diagonal de una vía muerta la siesta eterna de la inmovilidad comercial, del hierro viejo, de los coginetes que se quemaron por falta de acente. El gru, gru de las chicharras, y el aleteo geométrico y pesado de las golondrinas sedientas, es todo cuanto nos enviaba la inmensa llanura de rastrojos y de viñas peladas que rodean a la estación.

Pero suena la campana anunciando la llegada de un tren de viajeros. Todo se transforma. La campana rompe aquel tremendo silencio sepulcral (que se cuela hasta los huesos del alma), con una rapidez y una vitalidad desconcertantes. La campana de una estación de tercer orden, es lo más alegre, lo más poético, lo más civilizado que existe en el mundo. Suena allí como un deseo de vida desbordante, como un despertador de la conciencia social, dormida en el camastro de la gleba; como una intensa sonrisa de mujer prometida. Y con la llegada del tren todo se anima, todo se puebla de saludos, de voces, de actividad, de deseos, de esperanzas.

Hacia la una y media de la tarde van llegando densos grupos de obreros, inscriptos en los agotadores y mal remunerados trabajos de la construcción de «la vía doble». Son todos portugueses. La indescriptible miseria y privaciones, fomentadas por la dictadura teocrática de Carmona-Salazar, les empujó fuera de sus hogares, de sus tajos, de sus tierras, de sus fronteras, para venir a estos inhóspitos parajes de la Mancha en busca de un pan ilusorio; de un pan que tenían que arrancarlo, también, a golpes de pico y de pala de las entrañas de pedernal de las empresas ferroviarias, concretamente de Madrid, Zaragoza y Alicante, en manos, a la sazón, de Cavestany, Vallellano, Aunós y Primo de Rivera.

Contemplar estos grupos de hombres desarrapados, sucios, barbudos, flacos, siempre sudorosos que habitaban en inmundas barracas llenas de humo y cucarachas; ver a estos hombres que trabajan de sol a sol esforzadamente, enarbolando brillantes y pesados picos, sin otra compensación, al fin de la jornada, que unos miserables reales, unas patatas cocidas, y algunos excesivos tragos de vino hasta la embriaguez; ver a estos hombres—repito—es recordar el infamante martirio de «Los remeros del Volga»; la triste cadena de los Galeotes, que tuvieron la virtud de levantar el sentimiento de solidaridad, la cólera libertadora de nuestro glorioso paisano, Don Quijote de la Mancha, el compañero de la «Triste Figura».

Estas y otras estampas de iniquidad social despertaron en el alma infantil del que esto escribe ciertas insinuaciones ideológicas, las primeras vagas querencias del ideal anarquista que habría de abrazar más tarde. Pero aquel día yo jugueteaba alegremente, con otros chiquillos de mi ralea, en torno a un enorme algarrobo sin hijas, que levantaba su estatura gorda y nudosa frente a la oficina del jefe de la estación.

Recostado al árbol, un jornalero portugués con la chaqueta al hombro y un cigarro baboso en la boca, miraba distraído la cola del tren que se alejaba, que casi se perdía ya en los nostálgicos horizontes de las remotas tierras lusitanas. De pronto otro hombre se presentó allí tumultuosamente. Sin decir palabra sacó un enorme cuchillo de entre la faja, y, ni corto ni perezoso, se lo clavó en el bajo vientre al que contemplaba los horizontes. El desgraciado se echó mano en seguida, cogiendo entre sus dedos el paquete intestinal; un paquete negruzco y sanguinolento, por el que se le escapaba la vida a chorros.

De momento yo sentí un sobresalto psíquico de espanto, de temor, pero aunque quise no pude echar a correr porque me retenía la terrible originalidad del espectáculo. No hay cosa que más pique la curiosidad de los niños que la inminencia de una tragedia, que el espectro del dolor y de la muerte, danzando en torno a un círculo de intensas sensaciones. Y es que la muerte y la vida se dan la mano, como dos amigos que aunque se separen y riñan entre sí, terminan por unirse fraternalmente en la ley natural de la afinidad existencial y telúrica.

De aquella escena conservé siempre en la memoria la cara de leche que puso el desventurado para caer al suelo todo lo largo que era, y el enorme cuchillo brillante como un espejo, pero empañado de sangre, que quedó allí al lado del cadáver hasta que llegaron las cansinas moscas del estío y las autoridades competentes que, justo es decirlo, parecen una misma cosa.

Otro día mi abuela, que era muy creyente, se empeñó en arrastrarme de la mano hasta el interior de una iglesia para oír la «novena». Al fin y al cabo aquello resultaba distraído, como un teatro, con tantas luces, mantos de colores,

músicas y canciones, brujos en negro, hombres que parecían toreros y hasta al mismo Trino, ese gracioso payaso del circo que tanto me hacía reir en la Feria del Lugar. Pero, ¿qué era aquello que había en lo alto del altar mayor? «Es la virgen, hijo mío», me dijo la abuela con una voz casi muerta y reverencial. Lo que yo veía allí era, sí, una mujer joven, guapa, dulce, pero muy desgraciada por cuanto que tenía el corazón fuera, traspasado por dos o tres puñales, que yo no sé quién sería el criminal que se los había clavado. Inmediatamente vino a mi magín el «paquete intestinal» y el cuchillo del portugués, y soltando la mano sarmentosa de mi abuela, eché a correr como alma que lleva el diablo.

Años más tarde estábamos en las glaciales trincheras del frente de Teruel. El magnífico impulso combatiente de las milicias populares había puesto cerco a los últimos reductos de la resistencia fascista, representados por el pétreo seminario y un ángulo obtuso del Ayuntamiento. La 25 División había clavado la bandera roji-negra en «La Muela», y seguía avanzando arrolladoramente, en medio de un infierno aéreo y artillero, hacia las posiciones clave del enemigo. La buena y excelsa sombra de Durruti, parecía ir siguiendo, alentando, aquel cuerpo gigante del ideal y del combate, alumbrado el 19 de julio, por la C.N.T. y la F.A.I.

Nosotros, mezclados con unidades de signo republicano y marxista, estábamos delante del centro ofensivo operacional, taponando de Este a Oeste la eventual llegada de refuerzos fascistas, procedentes de Zaragoza. En efecto, pocos días después allí estaban ya las unidades «nacionales» (1), mezcla babélica de legionarios, falangistas, italianos, rifeños, alemanes, requetés, etc.

Por la noche se lanzaron como fieras al asalto de nuestras enclenques posiciones. Se entabló una lucha terrible. Nuestras ametralladoras y fusiles barrían a racimos densos grupos de asaltantes que se mostraban fanáticamente en plena llanura, iluminada por la luna y la intensa blancura de la nieve. Saltando, como un monejo, de hoyo en hoyo, de trinchera a trinchera, iba yo nerviosamente, confusamente, unas veces para recoger en los brazos a un compañero herido, otras disparando a tiro de pistola contra algún fascista que se había echado demasiado encima, otras facilitando cartuchos a los que ya no tenían. De pronto cayeron a mis pies dos fardos de hombre que habían dejado de existir. Eran requetés navarros. Hijos espirituales del cura Santa Cruz y del general Cabrera. En el pecho llevaban un escapulario y bordado en oro el corazón de Jesús traspasado, y en la boca, rabiosamente cogido con la tenaza de unos dientes felinos, un enorme cuchillo que decía en sus cachas de nácar: «¡Por Dios y por España! ¡Viva la Muerte!»

Ahora, la prensa diaria nos ofrece también innúmeras noticias respecto al uso y abuso de las armas blancas. No hace mucho, en el Centro de Orán, un yerno irascible le cosió a su suegra el vientre a puñaladas, empleando un cuchillo carnicero que había adquirido en virtud a las cosas que pasan. El yerno iracundo era, según pareceres solventes, fervorosamente religioso e inocuo empleado de banca.

Días más tarde, a Pedro Martínez, panadero que se dirigía a su casa por cierta oscura callejuela del barrio de Ste-Eugénie, le propinaron una tremenda puñalada en el ancho omoplato. El mango del puñal le salía por encima del cogote igual que el puño del estoque tras un afortunado volapié de Martín Agüero. Verdaderamente, el pobre Martínez no la «diñó» por chiripa.

En un lugar de Argelia, de cuyo nombre no es preciso acordarse, y en donde toda inquietud tiene su asiento y y todo atropello su acomodo, se han registrado diversos acontecimientos a cual más impresionantes. En una finca han aparecido cien borregos degollados, dos niños, una mujer y ocho terneras. Días después, tres infelices guardias de noche fueron secuestrados, apareciendo luego en un ribazo que bañaba el sol, con el cuello cortado como rodajas de sandía.

⁂

¡Pobre Humanidad! Triste destino el del hombre fiado a sus instintos que son como potros indómitos galopando ciegamente en la caótica llanura de la superstición y el autoritarismo! ¿Estamos realmente en el siglo prodigioso de la energía nuclear, de los adelantos técnicos y científicos, de la cultura universal de la U.N.E.S.C.O., del socialismo, del cristianismo y de la democracia?

Júzguese por lo que antecede... Y no habrá, no; no habrá paz, ni justicia social, ni progreso, ni amor ni entendimiento entre los pueblos, mientras todos los cuchillos homicidas, todas las metralletas, los cañones y las bombas H o B, no duerman (como proclama líricamente la castiza musa lorquiana) entre el eterno polvo del desprecio, de la inutilidad y del olvido.

Conrado LIZCANO

---

*

La Iglesia hace como los gobernantes: muchas y muy buenas promesas para el porvenir, para cuando seamos muertos; para el presente, absolutamente nada. La Iglesia finge deplorar las injusticias del mundo y los abusos de los ricos cometidos en perjuicio de los pobres; pero inculca al mismo tiempo a estos últimos la resignación, la sumisión, la permanencia en la esclavitud. La misma Iglesia es rica: el papa, los cardenales, los canónigos y muchísimos sacerdotes son ricos y viven llevando una vida que no se puede comparar de ningún modo con la estrecha necesidad del obrero asalariado.—SAVERIO MERLINO.

*

Sin gobierno, sin autoridad del hombre sobre el hombre, sin la violencia moral de las leyes, sin policía y burocracia, todos los hombres llegarán un día a ser libres. Cada individuo tendrá la plena y exclusiva soberanía sobre sí mismo y no habrá quien le impida colaborar al bien colectivo, existiendo completa armonía en los intereses de todos. Esta libertad es la anarquía, libertad de la libertad.—PEDRO GORI.

*

La anarquía no es un sistema producido por la elucubración de un individuo, y por esto, alcanzará su realización. No es más que el resultado del pensamiento de todos que quieren hacer de la vida de los hombres, una convivencia libre y dichosa—CARLOS MALATO.

EL HORNERO

Cuando el hornero vió venir al hombre con sus herramientas, limpiar el terreno, hacer excavaciones, lo saludó con su voz simple y buena:

—Buen día, hermano, ¿vamos a trabajar?...

—Es verdad, contestó el hombre.

El pájaro arquitecto se buscó una horqueta en un tronco propicio y también inició su fábrica.

Acarreó su barro, sus pastillos secos y, satisfecho de su obra, cantaba.

Finalizó su labor y lamentaba no poder ayudar al hombre, que lidiaba con las piedras, con los ladrillos, con los tirantes pesados.

A la aurora lo recordaba con su canto; al atardecer le gritaba:

—Basta, hermano, basta.

El obrero suspendía su tarea y sentábase ensimismado, suspirando, sin encontrar placer en la vida del campo lleno de paz, del cielo cuajado de estrellas.

El pájaro reflexionaba:

—El hombre no está alegre... ¿Por qué?... Es tan lindo trabajar, hacer su casita...

—¿Estará cansado?... Ya vendrá la compensación cuando traiga su familia, en la que debe pensar ahora.

La casa se levantó fuerte y graciosa. Reían sus paredes claras, sus ventanas verdes, su techo rojo.

—Si yo no supiese construir mi palacio confortable, te envidiaría, le elogiaba el hornero.

Por el camino se vió una nube de tierras; se sintió el rumor de un carro aproximándose.

Venía la familia del hombre...

El hornero les dió la bienvenida en su algarabía, con sus gritos repiqueteantes como el martillo del herrero sobre el yunqce.

Pero, sorprendido de no ver jubiloso al obrero, y mirándole irse, le interrogó:

—Oh, ¿y ahora que te hiciste tu casa te vas?

—¡Mi casa!, se dolió el trabajador. ¡Yo no tengo casa!

—¡Cómo!

—La casa es para los otros... yo soy pobre... Para vivir en ella, cuando nos dejan, debemos hacer otras casas.

—¿No la hacías para tí, entonces?... Sin embargo, te he visto trabajar con amor como en cosa propia.

¡Eres un héroe!

El hombre no sintió las últimas frases. Se alejaba encorvado, a prisa, a llevar pan a sus hijos... a continuar levantando casas... para los otros...

Manuel BALLESTEROS

NOTA.—El hornero es un pájaro sudamericano (Argentina, Paraguay, Brasil y Uruguay) muy común. Construye un nido con barro y pajitas de hierbas muy hermoso, parecido a los antiguos hornos de pan. De ahí su nombre en castellano.—V. M.

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

LETANIA

SAN IGNACIO
¡Bendito quien nos da el pan de cada día!
CORO DE SANTOS
¡Bendita la Ignorancia, padre, y la Hipocresía!
SAN IGNACIO
¡Bendita sea la horca erguida sobre el mundo!
CORO DE SANTOS
¡Bendito Carlos séptimo y don Miguel Segundo!
SAN IGNACIO
¡Bendito sea el tigre y el lobo carnicero!
CORO DE SANTOS
¡Bendito siempre el rey don Juan tercero!
SAN IGNACIO
¡Benditas las ovejas, de mirada tranquila!
CORO DE SANTOS
¡Y bendita su lana y aquél que la trasquila!
SAN IGNACIO
¡Benditos los chacales y las almas arteras!
CORO DE SANTOS
¡La lengua del Espíritu y las de las hogueras!
SAN IGNACIO
¡Benditos los febriles venenos orientales!
CORO DE SANTOS
¡Y el Santo Padre Borgia bendito y otros tales!
SAN IGNACIO
¡Bendita nuestra Iglesia, bendita nuestra idea!
CORO DE SANTOS
¡Bendito nuestro vientre. Amén. Bendito sea!

EL DINERO DE SAN PEDRO

De tal modo ha imitado la sencillez, el Papa,
del mártir del Calvario,
que a fuerza de partir con los pobres su capa,
se ha vuelto millonario.
Y tú puedes ver hoy, santo hijo de María,
a tu pobre vicario, de la doctrina austera,
comerciando en la Bolsa con fondos de Turquía
como un Rostchild cualquiera.
La cruz de redención, que por darte a ti muerte,
dió vida a los mortales,
en el «bureau» del Papa hoy tiene un altar fuerte:
su caja de caudales.
Y toda esta riqueza inmensa, acumulada
por tantos financieros,
¡lo que es la economía, Judas! fué comenzada
con tus treinta dineros.

GUERRA JUNQUEIRO

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARRA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO. «Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO. «Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA. «Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN. «Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili Gaya.

Colección de «Clásicos castellanos» (antiguos clásicos «La Lectura») a 375 francos el volumen

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruiz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalinde.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR. «Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA. «El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL. «Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA. «Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO. «Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Marías Martín de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y festivas». Prólogo y notas de J. María Salaverría.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Lara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkine, 200 francos.

«Etica», Kropotkine, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marie, París (X). C.C.P. París 3308-09.

El libro que deben leer todos los estudiosos